Alejandra
PIZARNIK

León
OSTROV

Cartas

Edición de
Andrea Ostrov

Alejandra Pizarnik inició una terapia psicoanalítica con León Ostrov a los 18 años. El tratamiento se interrumpió transcurrido poco más de un año, pero el profundo interés de ambos por la filosofía y la literatura derivó en una relación de amistad que se afianza durante los años en que Alejandra residió en Francia (1960-1964).

De este período data la mayor parte de las cartas reunidas en ste libro, hasta el momento inéditas. En ellas, la poeta relata su experiencia de vida parisina, las nuevas relaciones que establece (con Simone de Beauvoir, Julio Cortázar, Marguerite Duras, Octavio Paz, André Pieyre de Mandiargues, Eduardo Jonquières), la precariedad económica de los primeros tiempos, el vínculo ambivalente con su familia, los desafíos, logros y dificultades de su proceso creador, pero fundamentalmente los profundos terrores y angustias que la atraviesan en los momentos de depresión más devastadores. La confianza depositada en su exanalista y el esfuerzo de éste por sostenerla a pesar de la distancia otorgan a estas cartas una particularidad que las distingue de muchas de las dirigidas a otros destinatarios.

Lectulandia

Alejandra Pizarnik & León Ostrov

Cartas

ePub r1.0
Titivillus 23.04.15

Alejandra Pizarnik & León Ostrov, 2012
Edición de: Andrea Ostrov
Diseño de cubierta: Silvina Gribaudo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ANIVERSARIO

EPUBLIBRE

"Sólo el que sabe es libre,
y más libre el que más sabe…
Sólo la cultura da libertad.

No proclaméis la libertad de volar,
sino dad alas;
no la de pensar,
sino dad pensamiento.

La libertad que hay que dar al pueblo es la cultura."

EDICIÓN CONMEMORATIVA

WWW.EPUBLIBRE.ORG

INTRODUCCIÓN

POR ANDREA OSTROV

Entiendo la publicación de estas cartas como un acto de justicia. En primer lugar, hacia sus autores, que mantuvieron una correspondencia ininterrumpida durante la estancia de Alejandra en París (1960-1964). En segundo lugar, hacia las cartas mismas que, a mi entender, concentran una particularidad que las distingue de la correspondencia hasta ahora publicada de Alejandra Pizarnik. Muchas cartas de esta escritora fueron publicadas en distintos momentos por algunos de sus destinatarios en revistas y diarios de países diversos. En 1988, Ivonne Bordelois reunió en *Correspondencia Pizarnik* una valiosa colección de cartas publicadas e inéditas, organizadas en torno a los diferentes receptores[1]; en 2003, aparece *Dos letras*[2], una edición de las cartas que Alejandra dirige al poeta, narrador, pintor y editor Antonio Beneyto entre el 2 de septiembre de 1969 y el 12 de septiembre de 1972, intercambio epistolar que surge a propósito de la voluntad de Beneyto de publicar *Nombres y figuras* en la editorial independiente La esquina y que continúa con el proyecto de la antología *El deseo de la palabra*, en la que Alejandra y Beneyto trabajan juntos pero que aparecerá póstumamente, en 1975.

León Ostrov fue el primer psicoanalista de Alejandra, quien recurrió a él cuando tenía apenas 18 años, a mediados de 1954. La terapia duró poco más de un año. Cuando ella se instaló en París, entre 1960 y 1964, entabló con él una relación epistolar de la que se han conservado 21 cartas (excepto tres de ellas, todas datan de este período), y lamentablemente sólo cinco de las respuestas de León, que actualmente forman parte del Archivo Pizarnik de la Universidad de Princeton.

Si bien la relación médico-paciente ya había concluido y había surgido una amistad sustentada en el profundo interés de ambos por la literatura y la filosofía, resulta evidente que León Ostrov representaba para Alejandra una figura paterna y contenedora, a quien recurría en los momentos de angustia y desesperación más terribles, cuando surgían los miedos más inmanejables y avasalladores. En estas cartas, la escritora expone con total crudeza sus estados de ánimo más desoladores, cuando la depresión más devastadora la invadía. El «personaje alejandrino» se hace a un lado para dejar oír esa voz «grave y lenta, en la que temblaban todos los miedos»[3]. Pero además, la lectura cronológicamente ordenada del conjunto permite reconstruir un relato por demás elocuente de su estancia en París, desde las vacilaciones iniciales, los cambios de domicilio, las nuevas amistades, la búsqueda de trabajo, hasta la relación con la familia, las posibilidades de publicación y, por supuesto, los pormenores del proceso creador.

En las pocas respuestas conservadas, se hace evidente el esfuerzo de Ostrov por hacer *consistir* a ese yo que tantas veces se encuentra a punto de desmembrarse: de

distintas maneras, intenta darle ánimos, reforzarla en su autoestima, ayudarla a tomar decisiones, apoyarla en sus esfuerzos, alentarla en sus proyectos. En términos de Ivonne Bordelois, «Ostrov fue una suerte de padre literario para Pizarnik, quien le dedicó *La última inocencia* (Poesía Buenos Aires), su segundo libro, en 1956, y uno de los poemas de *Las aventuras perdidas* (Altamar, 1958)»[4].

La amistad continuó después de su regreso de Europa, en 1964. Y en alguna ocasión, Alejandra asistió a las comidas literarias que mis padres solían ofrecer en casa, a donde concurrían también Olga Orozco, Enrique Anderson Imbert, Betina Edelberg, Bernardo Verbitsky, Florencio Escardó, Boleslao Lewin. Recuerdo haberla visto en una oportunidad, durante ese invierno. Yo no había cumplido aún cinco años. Me fascinaba poder presenciar la llegada de los invitados, escuchar las conversaciones, estudiar los vestidos de las señoras y robar uno que otro «bocadito». Mis padres me permitían quedarme despierta hasta el momento de sentarse a la mesa. En esa oportunidad, desde mi lugar en la punta del sofá, la vi entrar y atravesar la sala. La imagen permaneció a través de los años: nada de vestidos elegantes sino pullover y pantalones furiosamente rojos. Caminó torpemente y sin hablar para desplomarse en el primer sillón que encontró libre. A tal punto llamó mi atención, que a la mañana siguiente pregunté a mi mamá «quién era esa señora de pantalones colorados». Recuerdo su respuesta: «¡Alejandra!».

Las cartas robadas

Entiendo la publicación de estas cartas como un acto de justicia también por otras razones. Durante mucho tiempo consideré —equivocada o no— que el hecho de que mi padre hubiera sido psicoanalista de Alejandra constituía un obstáculo para la difusión de su correspondencia. Algo así como una ética profesional delegada o heredada —que yo debía garantizar o salvaguardar— aconsejaba mantener en privado una comunicación que, si bien claramente la excedía, había surgido a partir de una relación analítica.

Sin embargo, algunos fragmentos de estas cartas comenzaron a circular «misteriosamente». La fuente —no autorizada— fue la entrada correspondiente a Alejandra Pizarnik que Inés Malinow escribió en 1980 para la antología *Poesía argentina contemporánea* de la Fundación Argentina para la Poesía. Malinow conocía a León Ostrov desde la juventud y sabiendo de la existencia de estas cartas solicitó consultarlas a los efectos de escribir un «artículo» sobre Alejandra. Esto no implicaba, obviamente, consentimiento para publicarlas. Sin embargo, de las siete páginas de la introducción que Malinow escribe a los poemas de Pizarnik incluidos en dicha antología, la mitad consiste en transcripciones fragmentarias y desordenadas de las cartas de Alejandra. Las presenta como cartas que la poeta envió desde París «a

un amigo» y que «llegaron a mí por mediación de León Ostrov»[5]. Resulta evidente, para cualquier lector atento, la ambigüedad que esta frase deja en cuanto al destinatario de la correspondencia, ya que «por mediación de» no equivale en absoluto a «dirigidas a» León Ostrov.

Pero hay más: el 30 de noviembre de 1997 Malinow reproduce otros fragmentos de estas cartas en el Suplemento Literario del diario tucumano *La Gaceta*. Esta vez llega aún más lejos y pretende hacer concreta y material su apropiación indebida de estos textos: afirma poseer los manuscritos de las cartas. Dice: «Por esos azares de la vida, desde hace años guardo un original del Primer Diario de Alejandra Pizarnik y cartas que envió a un amigo mío, el cual me las cedió sin ninguna preocupación. “Tenelas, son de Alejandra; ahora son tuyas” me dijo. Y fue así como discretamente las almacené entre telas de arañas y silencio […] y ahora se me ocurre revelar unas líneas, de gran belleza formal, pues la prosa de Alejandra acaso, en *mis originales*, supera sus versos insuperables» (énfasis mío)[6]. El mismo ocultamiento de la identidad del destinatario de las cartas, ese misterioso y anónimo «amigo» capaz de ceder —supuestamente— los originales «sin ninguna preocupación», se reitera en este párrafo, pero ahora en función de hacer creíbles unas afirmaciones que, de otro modo, hubieran resultado inverosímiles.

Pero hay todavía más: en el año 2002 Malinow publica *Alejandra secreta*, un libro de poemas «inspirados» en las cartas de Alejandra a León Ostrov, sin sello editorial. En el prólogo afirma: «de ese material, entresaqué párrafos, pensamientos, circunstancias, y así nació este volumen, pues de inmediato advertí que estas cartas eran, ante todo, poesía»[7]. Lo que aquí no dice es que los hermosos versos que ofrece a la lectura son mayoritariamente transcripciones textuales de las cartas, donde por lo general la única intervención de Malinow consistió en reemplazar el pronombre de primera persona utilizado por Alejandra por un «ella», y disponer las frases originales en forma de verso. Baste como ejemplo el siguiente párrafo «entresacado» de la carta N.º 5:

> Leo a Góngora y a los surrealistas y me preocupo por la palabra —no sólo en la frase sino en sí, sino y sobre todo en sí. Creo haber hecho un pequeño progreso en los últimos poemas. Y descubrí que se puede hacer poemas sin tener nada pensado, sin pensar, sin sentir, sin imaginar, en cualquier instante y a cualquier hora. En suma, «el poema se hace con palabras…»

que se convierte en el poema «Lee a Góngora»:

Lee a Góngora
y a los surrealistas
y se preocupa por la palabra
no sólo en la frase

sino en sí,
sino y sobre todo en sí.
Cree haber hecho un pequeño progreso
en los últimos poemas:
descubrió que se puede hacer poemas
sin tener nada pensado,
sin pensar,
sin sentir,
sin imaginar,
en cualquier instante
y a cualquier hora.
Dice: «el poema se hace con palabras».

El sistemático cambio pronominal de la primera a la tercera persona completa la consumación del acto de apropiación, puesto que en realidad en estos poemas Malinow no habla *de* Alejandra sino que, claramente, es Alejandra misma la autora de los textos. Pero claro, ¿quién podría darse cuenta si se trataba de un material inédito en su mayor parte? Por esta razón, el 10 de agosto de 2002 publiqué en el suplemento «Cultura y Nación» del diario *Clarín* una «reseña» sobre *Alejandra secreta* de Inés Malinow en la que me encargué de hacer explícito el «procedimiento» —si se me permite la ironía— a partir del cual la autora de ese libro «escribió» estos poemas.

Cuerpo presente

El conjunto de las cartas que Alejandra Pizarnik envía a León Ostrov conforman, por un lado, una narración cuidadosa y pormenorizada de su vida en París: la descripción de sus sucesivas viviendas; de su vida bohemia y desordenada; la alusión a la ambivalencia respecto de su trabajo rutinario en la revista *Cuadernos del Congreso para la Libertad de la Cultura* que le permite sobrevivir y permanecer en esa ciudad; la referencia a las nuevas amistades literarias; la reflexión sobre el sufrimiento que le ocasionaron algunas de sus antiguas relaciones; la conciencia de sus amores imposibles y del difícil vínculo con su familia; la irrupción de los problemas de salud y malestares físicos; el relato de situaciones puntuales —como el encuentro con Simone de Beauvoir o con la bailarina amiga de César Vallejo— ofrecen un cuadro nítido de los primeros años de su etapa parisina. En estas cartas, la escritora no escatima detalles en la configuración de un relato de lo vivido que, de algún modo, contrarresta esa «voz pública» que sabía instalar —como señala acertadamente Patricia Venti— en otros intercambios epistolares en los que «raras veces […] hace referencia a hechos personales destacados y en general se mantiene distante con las

personas ajenas a su entorno, pero en ciertos casos permite que la voz extrovertida, abierta y comunicativa relate su quehacer literario»[8].

Sin embargo, la extroversión de su voz va mucho más allá, en este caso, de sus preocupaciones literarias: no solo están presentes las reflexiones, alegrías, dificultades y angustias vinculadas con el ejercicio de la escritura y las impresiones y comentarios sobre sucesivas lecturas. En estas cartas se dibujan además lugares, momentos, situaciones, personas, objetos, recorridos, hábitos, paisajes y rituales de la vida cotidiana, de manera tal que los textos presentan un fuerte anclaje carnal, corpóreo: aquí hay «carnadura», hay un cuerpo doliente o gozoso, pero indefectiblemente presente, aún en las manifestaciones más elevadas del pensamiento abstracto. Se impone, en todo momento, la densidad de una presencia física, un cuerpo como sede de la experiencia, inmerso en el espacio-tiempo, un cuerpo «en situación»:

> Son las ocho y el autobús bordea el Sena y hay niebla en el río y el sol en los vitrales de Notre-Dame, y ver a la mañana, camino a la oficina, una visión tan maravillosa, y aún la lluvia, y aún este cielo de otoño absolutamente gris —tan de acuerdo con lo que siento— este cielo que amo mucho más que el sol, pues en verdad no amo el sol, en verdad amo esta lluvia, esta tristeza en lo de afuera (Carta N.º 9).

O:

> Ando bastante mal de salud. Renuncié absolutamente al café, al alcohol y casi al tabaco. Tengo vértigos y desfallecimientos. No sé si es físico, metafísico o patafísico. Pero tengo una fatiga inenarrable. A los 25 años puedo decir: «Cansada de la edad…». ¿Es esto la adultez que llega definitivamente? (Carta N.º 16).

Una sola lengua poética

En estas cartas se reconocen muchas de las obsesiones, preocupaciones, angustias y temores que durante toda su vida atormentaron sin tregua a la poeta. Sin embargo, tal vez a causa de la relación terapéutica que había mantenido años atrás con su destinatario, creo advertir una intensidad especial, un desnudamiento absoluto, un esfuerzo extremo y agotador a veces («esta carta me exige un esfuerzo enorme»; «le escribo con grandes esfuerzos» [Carta N.º 3]) por comunicar sus estados, confesar sus terrores, reflexionar sobre sus limitaciones, que distingue a estas cartas de muchas de las que fueron ya publicadas. Aquí no prevalece, por ejemplo, la brevedad de los

intercambios más «puntuales» vinculados con el envío o recepción de algún libro o artículo; tampoco las necesarias especificaciones relacionadas con algún proyecto de publicación, ni el tono humorístico ni los malabarismos lingüísticos infaltables en las cartas a los amigos más cercanos, principalmente en los últimos años. Predomina en cambio una modulación íntima, confesional, introspectiva, por momentos muy próxima al «tono» de muchas de las entradas de su Diario. El siguiente párrafo de la Carta N.º 3, por ejemplo:

> Estoy tocando fondo en mi demencia. Las alucinaciones se multiplican, ahora con miedo […]. Estoy luchando cuerpo a cuerpo con mi silencio, con mi desierto, con mi memoria pulverizada, con mi conciencia estragada

fácilmente establece un eco con este fragmento de la entrada del Diario correspondiente al 28 de julio de 1955:

> Cada vez me atormenta más la incapacidad de hilar un pensamiento. Mi actividad mental consta de un suceder de imágenes vertiginoso, recuerdos desordenados, palabras que se van en cuanto trato de apresarlas[9].

Del mismo modo, el siguiente fragmento de la carta N.º 4:

> Pero aquí me asalta y me invade muchas veces la evidencia de mi enfermedad, de mi herida. Una noche fue tan fuerte mi temor a enloquecer, fue tan terrible, que me arrodillé y recé y pedí que no me exilaran de este mundo que odio, que no me cegaran a lo que no quiero ver, que no me lleven adonde siempre quise ir

conforma un explícito contrapunto con la entrada del 4 de junio de 1960, ya no solo en cuanto al sentimiento que se busca expresar. Hay además, un cierto ritmo, una determinada puntuación, una particular estructura frástica que se corresponden:

> Dios mío, […] que no me enajene en la demencia, que no vaya adonde quiero ir desde que nací, que no me sumerja en el abismo amado, que no muera de este mundo que odio, que no cierre los ojos a lo que execro, que no deje de habitar en lo horrible (*Diarios*, 166).

Pero también, y más fundamentalmente, resulta posible encontrar puentes y remisiones entre el texto de estas cartas y la escritura poética de Pizarnik, la escritura literaria propiamente dicha. Se repiten tópicos, motivos, frases. El siguiente

fragmento correspondiente a la Carta N.º 15

> Cómo hacer, después, para despeñarse en la hoja en blanco y pelear con las palabras. Me pregunto quién me da fuerzas, quién me hunde en el silencio fantasma de las palabras

se reformula en un poema a partir de la eliminación del *verbum dicendi*:

> Quién me perdió
> En el silencio fantasma de las palabras[10].

La misma transformación ocurre entre «sólo puedo decir lo que ve alguien que mira el mundo desde debajo de una alcantarilla» (Carta N.º 13)

y

> Una mirada desde la alcantarilla
> puede ser una visión del mundo (*Poesía Completa*, 125).

De igual manera, la frase «Pero ¿quién hablará del amor? No yo. Yo amo» de la Carta N.º 12 se reescribe en su versión «poética» sustituyendo el verbo «hablar» por «cantar»:

> ¿Quién cantará al amor?
> No yo.
> Yo amo (*Poesía Completa*, 318).

Pero aún más allá de estas consonancias, tanto la recurrencia de algunos elementos distintivos —espejos, silencio, voz, sol, viento, exilio, búsqueda, miedo, infancia, sangre— como el minucioso trabajo con el ritmo y la sintaxis de la prosa permiten reconocer en este conjunto epistolar la inconfundible impronta poética de la escritura alejandrina. Basten algunos ejemplos:

> Yo, de mi parte, habito con frenesí la luna (Carta N.º 4).

> Ese silencio como una mano de terciopelo (Carta N.º 5).

> El cielo fue blanco este mes, fue una ausencia, fue mi amor este cielo: era una tregua, un puente entre dos mundos (Carta N.º 8).

> Una noche se romperán los espejos, arderán las que fui y cuando despierte seré la heredera de mi cadáver (Carta N.º 11).

> Qué haré cuando me sumerja en mis mundos fantásticos y no pueda ascender. Porque alguna vez va a tener que suceder. Me iré y no sabré volver. Es más, no sabré, siquiera, que hay un «saber volver». Ni lo querré, acaso (Carta N.º 3).

Resulta evidente, a partir de lo dicho, que nos encontramos ante una escritura que atraviesa las demarcaciones genéricas —carta, diario, poesía, prosa poética— y que se re-escribe, se re-toca una y otra vez, en diferentes registros, en sucesivas exploraciones, en continuos reconocimientos, en permanentes búsquedas. Un texto único, proteico, errante, nómada, que jamás se detiene, que sin cesar se rehace, se re-construye en un combate infinito con el lenguaje[11]. Se trata, en definitiva, de una sola exploración poética que atraviesa los límites entre la escritura pública —o publicada— de la poeta y sus papeles «privados» (cartas, diario):

> Si hay algo en lo que creo es en este diario: hablo de su calidad literaria, de su lenguaje. Es infinitamente mejor que todos mis poemas (Carta N.º 15).

> Pero yo sigo escribiendo mi diario que ya deja de serlo pues es casi un largo y absurdo poema en prosa (Carta N.º 18).

En efecto, Alejandra misma publicó fragmentos de su Diario en el número 7 de la revista colombiana *Mito* de 1962 y más aún, planeaba junto a Jorge Gaitán Durán —fundador y director de esta revista— una edición de su Diario «completo» que se frustró a causa de la muerte de este último en un accidente aéreo, al regresar de París, el 22 de junio de ese mismo año. Posteriormente aparecieron fragmentos del Diario en el número 11-12-13 de *Poesía=Poesía* (1962) y en *Les Lettres Nouvelles* (1964). Pero además, a la vuelta de París ella misma resumió y reescribió —como afirma Ana Becciu— las entradas correspondientes al período en que residió en Francia (1960-1964) a los efectos de una posible publicación[12].

Poesía encarnada

La búsqueda estética de Pizarnik se presenta como necesaria e ineludible, de manera tal que conlleva un compromiso absoluto («Deseos de escriturarme, de hacer letra impresa de mi vida» [*Diarios*, 218]). Así, el acto creador y la posibilidad de

supervivencia constituyen una identidad que la escritora hace explícita insistentemente:

> Necesito hacer bellas mis fantasías, mis visiones. De lo contrario no podré vivir. Tengo que transformar, tengo que hacer visiones iluminadas de mis miserias y de mis imposibilidades (Carta N.º 5).

> Pero hay un juego a muerte. Tengo que hacer poemas bellos y tengo que poblar de voces mi silencio (Carta N.º 11).

> ¿Posibilidades de vivir? Sí, hay una. Es una hoja en blanco, es despeñarme sobre el papel, es salir fuera de mí misma y viajar en una hoja en blanco (*Diarios*, 95).

Por consiguiente, la apuesta a la salvación a través de la escritura anula necesariamente las delimitaciones genéricas y atraviesa las fronteras entre el texto público y el privado. Se trata de una sola búsqueda, estética e identitaria, poética y vital, lingüística y emotiva al mismo tiempo: transformar el horror, escapar de la locura, exorcizar el silencio. Se escribe para no morir, para no enloquecer. Escribir es, en definitiva, el espejo —y los textos de Alejandra desbordan de espejos— en el que se encuentra un reflejo de la propia existencia.

El acto creador como condición de posibilidad de la supervivencia se traduce en una estrecha implicación entre la escritura, el poema, el texto y el propio cuerpo, que la escritora enuncia de manera explícita:

> Ojalá pudiera vivir solamente en éxtasis, haciendo el cuerpo del poema con mi cuerpo, rescatando cada frase con mis días y con mis semanas, infundiéndole al poema mi soplo a medida que cada letra de cada palabra haya sido sacrificada en las ceremonias del vivir[13].

En la entrada del 23 de mayo de 1962 escribe en su Diario:

> Inquieta y preocupada por la forma de la poesía sabiendo sin embargo que no es eso lo que me inquieta y preocupa (*Diarios*, 219).

Esa búsqueda de la forma, esa lucha con el lenguaje a la que nos referimos más arriba, se reduplica de alguna manera en la «lucha» que Alejandra mantuvo con su propio cuerpo durante toda su vida: el asma, cierta tartamudez, el acné y una leve escoliosis le producían una constante «incomodidad con [su] cuerpo» (*Diarios*, 223).

«Una mujer tiene que ser hermosa. Y yo soy fea. Esto me duele más de lo que yo creo» (*Diarios*, 141). Los kilos de más le pesaban particularmente, razón por la cual desde muy joven se sometió a un «perpetuo régimen alimenticio» (*Diarios*, 266) y comenzó a tomar anfetaminas para bajar de peso, en busca de esa forma ideal: «Es un círculo vicioso. Para no comer necesito estar contenta. No puedo estar contenta si estoy gorda» (*Diarios*, 141).

La constante preocupación por el «estilo» de escritura se traduce de alguna manera en el afán de lograr un cuerpo armonioso. En la Carta N.º 19 constata por fin:

> Mi única metamorfosis (notable según mis amigos) es hasta ahora física, corporal. Mi cuerpo se ha estilizado, cambiado muy favorablemente y, lo que es asombroso, mis manos no son las de antes: su delicadeza actual me da miedo.

Paralelamente, Alejandra hace constantes referencias a los malestares físicos que la aquejan, producto de los «excesos» de toda índole a los que se somete: el alcohol, la comida, las drogas, los cigarrillos, el sexo, el insomnio y aún la velocidad —si atendemos a la carrera desenfrenada en motocicleta que relata en la Carta N.º 19 y en la entrada del diario del 4 de septiembre de 1962— forman parte de la misma búsqueda ética, estética y vital. Para hacer «el cuerpo del poema con [el] cuerpo» es necesario hacer de éste la sede de una experiencia de lo revulsivo, lo caótico y perturbador de modo tal que el «éxtasis» irrumpa bajo las formas más extremas del placer y el dolor.

La angustiosa conciencia de los límites del lenguaje («no es eso, no es eso lo que quisiste decir» [Carta N.º 9]; «qué exasperación ante la pobreza de mi lenguaje» [Carta N.º 10]) instaura la imperiosa necesidad de traspasar las fronteras del código, de explorar el caos que surge más allá de la sintaxis y la gramática. Sin embargo, la aproximación a esa zona de derrumbe no constituye un ejercicio meramente intelectual ni una especulación abstracta y anémica. Por el contrario, se trata de una experiencia de escritura que no será verdadera si «parece la de un espíritu. [Si] no hay sangre en ella. [Si] no encarna en actos, en sucesos, en nombres propios» (Carta N.º 3). Por consiguiente, la conmoción del lenguaje, la desterritorialización de la lengua —necesaria para un acercamiento a la poesía absoluta— tiene anclaje en una desorganización del propio cuerpo que posibilite la suspensión de los esquemas racionales, funcionales y jerarquizantes y habilite en cambio una continua circulación de intensidades: «Vida de tu sombra, ¿qué quieres? Un transcurrir de fiesta delirante, un lenguaje sin límites, un naufragio en tus propias aguas» (*Poesía Completa*, 251). «Me estoy destruyendo con cigarrillos y comida. Mi cuerpo no soporta más. Ataque de ayer. Asfixia. Es el precio que pago por haber vendido mi vida al demonio de los ensueños» (*Diarios*, 163).

En tal sentido, no solo los excesos báquicos y eróticos, también la experiencia del

miedo y de la angustia más extremos, el agotamiento excesivo, el dolor físico agudo, el insomnio, las alucinaciones, la vivencia de la propia fragmentación, la amenaza de la locura constituyen diferentes modos de producción de intensidades que ponen en primer plano la dimensión material de un cuerpo en dispersión:

> tengo mucho miedo y no obstante estoy maravillada, fascinada por lo extraño y lo inextricable de todo lo que soy, de todas las que soy y las que me hacen y deshacen (Carta N.º 10).

> Anduve enferma: el corazón, la tensión, etc. Resultado: debo llevar una vida controlada y ordenada sin instantes paradisíacos proporcionados por el alcohol y ciertas pastillas que me hacían feliz (es una historia larga) (Carta N.º 13).

> Cada día me siento más cansada, más enferma (nada más que vértigos y fatiga). […] En fin, estoy cansada y sufro de insomnio (Carta N.º 14).

Sin embargo, en esa misma intensidad que la atraviesa reside la única garantía de consistencia: «En medio de mi terror estaba el pequeño miedo a perder la intensidad de mi sufrimiento. Si mi angustia me deja, pensé, estoy perdida» reconoce en su Diario el 26 de mayo de 1961 (*Diarios*, 207). Y en la Carta N.º 11 dice: «Pero también tengo temor de no trabajar todo el día, de no dolerme horriblemente el cuerpo, de no desvanecerme casi en tareas cuyo fin es “ganarse la vida”».

Ahora bien, si la lengua poética supone una desterritorialización del lenguaje, la poesía como experiencia vital y corporal implica una desterritorialización del propio cuerpo que culmina, evidentemente, en la muerte: «Grietas y agujeros en mi persona escapada de un incendio. Escribir es buscar en el tumulto de los quemados el hueso del brazo que corresponda al hueso de la pierna» (*Poesía Completa*, 251). De este modo, si la poesía representa por un lado la posibilidad de salvación para la poeta, será también y al mismo tiempo la piedra de su propio sacrificio: «Sé, de una manera visionaria, que moriré de poesía. […] Tal vez ya sienta los síntomas iniciales: dolor en donde se respira, sensación de estar perdiendo mucha sangre por alguna herida que no ubico» afirma en su Diario el 11 de agosto de 1962 (*Diarios*, 260). Y, en un texto de 1969: «Me atengo al poema. El poema me lleva a los confines, lejos de las casas de los vivos. ¿Y por dónde andaré cuando me vaya y no vuelva?» (*Poesía Completa*, 360).

En función de esto, me interesa detenerme en la frase «Y hablando de mi vocación de objeto sigo dándome en holocausto a la sombra de la Madre» (Carta N.º 12), mediante la cual la poeta intenta referirse a cierta manera suya de posicionarse ante las relaciones humanas. Sin embargo, parece inevitable pensar acá en una

sustitución metafórica y leer además «Poesía» donde dice «Madre». ¿Qué otro holocausto si no, determinó la vida —y la muerte— de Alejandra?

Ganarse la vida

Los interrogantes, inquietudes, inseguridades, vacilaciones y terrores que atormentan a la poeta se encuentran ampliamente desplegados en estas cartas. Sin embargo —sin pretender desconocer ni minimizar su conflictiva personal— constituyen además una cruda y explícita puesta en escena de la problemática inserción del artista en la sociedad de consumo. En efecto, la elección de una forma de vida entregada del modo más absoluto a la creación estética resulta a las claras incompatible con lo que socialmente se considera «una vida adulta y saludable». Si los parámetros de «normalidad» identitaria prescriben una garantía de estabilidad —laboral, económica, afectiva, familiar, sexual, domiciliaria— el despliegue de una subjetividad artística suele requerir condiciones de posibilidad muy distintas a las establecidas por los dispositivos culturales de «fijación». La exigencia social de «ganarse la vida» (representada en este caso por la necesidad de conseguir un empleo con el cual mantenerse) se convierte en un mandato absurdo y alienante para quien pretende no solo escribir poemas sino hacer poesía con la propia vida:

> no deja de parecerme irrisorio y sorprendente donar siete horas de mi día, donarlas así, sabiendo que la muerte existe, y muchas cosas hermosas existen, y muchas cosas terribles, y trabajar así, como si no pasara nada, como si uno no viniera a la tierra por un tiempo breve (Carta N.º 7).

> Pero me gustaría no enajenar mi tiempo en un trabajo prolongado —lo que probablemente tendré que hacer. Pero quiero mi tiempo para mí, para perderlo, para hacer lo de siempre: nada (Carta N.º 4).

En efecto, ¿cómo conciliar la Poesía con las leyes de mercado que rigen la economía capitalista? ¿Cómo sostener esa «nada» frente a los imperativos de utilidad y productividad que rigen nuestros cuerpos? ¿Cómo salvar «el abismo que existe entre la poesía y la vida»? (Carta N.º 4). Por consiguiente, los reproches sistemáticamente autoinfligidos que la autora expresa en estas cartas —falta de orden, de método, de capacidad de trabajo, de constancia, de tenacidad, de voluntad, de eficiencia— revelan no tanto incapacidades o «defectos» personales sino una radical incompatibilidad entre los procesos internos de la creación artística y la organización eficiente del tiempo «productivo» regulado por estructuras externas: «Y me pregunto qué hacer con mis lecturas desordenadas, con mi imposibilidad de hacer tantas cosas

que me propongo» (Carta N.º 9).

En función de esto, creo necesario señalar que el tópico del exilio —tan recurrente (y más aún, estructurante) en la escritura de Pizarnik— no solo debe ser entendido como expresión de una determinada construcción subjetiva o como metáfora de la condición existencial del ser humano sino también como alusión al lugar marginal del arte y del artista en la cultura de masas. Alejandra no solo habla del exilio como imposibilidad de relación con los otros o con el mundo exterior:

> en verdad estoy sola pues ninguno me es imprescindible y hablo y saludo y realizo mi comedia social para no perder todo contacto humano. Pero tal vez es ya tarde para reanudar las relaciones simples y fáciles, el placer de conversar, de estrechar manos (Carta N.º 12).

El exilio atañe además a su condición misma de poeta en la medida en que se vincula con el lenguaje: «Yo no sé hablar como todos. Mis palabras suenan extrañas y vienen de lejos, de donde no es, de los encuentros con nadie» dice en la Carta N.º 6. Y análogamente:

> El lenguaje me es ajeno. Esta es mi enfermedad. Una confusa y disimulada afasia. […] Todo tiene nombre pero el nombre no coincide con la cosa a la que me refiero. El lenguaje es un desafío para mí, un muro, algo que me expulsa, que me deja afuera (*Diarios*, 286).

La pregunta constante entonces, que se reitera una y otra vez en estas cartas es «¿cómo vivir?». ¿Cómo reunir en un mismo cuerpo vida y poesía sin que ese cuerpo resienta los efectos de las elecciones extremas? ¿Cómo sobrevivir a la experiencia del caos, la fragmentación, la pulverización de sí misma? ¿Cómo sobreponerse al silencio que sobreviene al renunciar a la hospitalidad de la lengua cotidiana para despeñarse por los desfiladeros de la palabra nueva y desconocida? ¿Cómo permanecer en el exilio definitivo? Vida y muerte; orden y caos; día y noche; trabajo y poesía; descanso e insomnio; salud y demencia son solo algunas de las tensiones enloquecedoras que atravesaron la vida de quien optó siempre por «ir nada más que hasta el fondo» (*Poesía Completa*, 453), tal como quedó escrito en su pizarrón de trabajo el día de su muerte.

Criterios de esta edición

Las cartas de ambos autores han sido dispuestas en orden cronológico e intercaladas de modo de reconstruir hasta donde fue posible el diálogo entre los corresponsales.

Se trata de veintiuna cartas de Pizarnik y cinco de Ostrov. Todas ellas fueron transcriptas sin modificación alguna, con excepción de algunos errores ortográficos o tipográficos que no creí necesario reproducir puesto que la presente edición incluye facsímiles de los originales.

Como es sabido, pocas veces Alejandra consignaba la fecha de sus cartas. Sin embargo, fue posible recuperar el orden cronológico de las mismas no solo a partir de la fecha de los matasellos sino también en función del contenido. A pesar de los intervalos a veces muy prolongados entre una carta y otra la secuencia va configurando un verdadero relato «por entregas» de la vida parisina de la escritora. Las respuestas de Ostrov conservadas, pocas lamentablemente pero consecutivas, permiten reconstruir íntegramente al menos la primera etapa del diálogo atento que tuvo lugar entre ambos.

Una última aclaración: dos párrafos correspondientes a la Carta N.º 4 y otros dos extraídos de la Carta N.º 19 aparecen en *Correspondencia Pizarnik* de Ivonne Bordelois como «Cartas a Antonio Beneyto». Ivonne aclara que se trata de fragmentos extraídos de un artículo que Beneyto publica en el N.º 36 de la revista *Quimera*, «Alejandra Pizarnik. Ocultándose en el lenguaje», en 1983. Sin embargo, en dicho artículo Beneyto habla de «cartas de la época en que [Alejandra] vivió en París» sin aclarar en ningún momento quién era su destinatario ni de qué fuente toma los textos. Su verdadero destinatario no es Beneyto sino León Ostrov. Precisamente, Ivonne misma reconoce que en esos fragmentos «se escucha el mismo tipo de terror que caracteriza la correspondencia con Ostrov» (*Correspondencia Pizarnik*, 56-57). Además, la relación epistolar que entablan Pizarnik y Beneyto surge recién en 1969, con motivo de la voluntad de este último de publicar *Nombres y figuras* en la editorial La Esquina, de modo tal que aún no se conocían en la época en que Alejandra estuvo en París.

Por último, agradezco a Nora Catelli, quien me facilitó copias de las cartas de León Ostrov conservadas en el Archivo Pizarnik en la Universidad de Princeton. A Susana Chavez-Silverman, que me envió el artículo de Antonio Beneyto arriba mencionado. A Gabriela Finkielsztein, que me ayudó a tipear varias de estas cartas. Y a Carlos Dámaso Martínez, por su incondicional apoyo y sus valiosas sugerencias para la edición de este libro.

RECUERDO DE ALEJANDRA[14]

POR LEÓN OSTROV

Hace veinticinco años —fue a mediados del 57— una mujer me llamó por teléfono para pedirme una entrevista. Mi primera impresión, cuando la vi, fue la de estar frente a una adolescente entre angélica y estrafalaria. Me impresionaron sus grandes ojos, transparentes y aterrados, y su voz, grave y lenta, en la que temblaban todos los miedos. (Me acordé de esa criatura perdida en el mar de un cuento de Supervielle). El diálogo que entonces iniciamos, y que duró poco más de un año, continuó después, ya instalada en París, en cartas que no hacían más que corroborar lo que desde los primeros momentos supe: que con Alejandra Pizarnik, romántica y surrealista, pero por encima de todo, ella, Alejandra, inclasificable y única, algo importante se incorporaba a nuestras letras.

Alejandra me traía, habitualmente, un poema, páginas de su diario, un dibujo (había comenzado a asistir al taller de Batlle Planas). Y ahora lo puedo decir: no podía sustraerme al goce estético que su lectura, su visión suscitaban en mí, y quedaba, en ocasiones, si no olvidada, postergada mi específica tarea profesional, como si yo hubiera entrado en el mundo mágico de Alejandra no para exorcizar sus fantasmas sino para compartirlos y sufrir y deleitarme con ellos, con ella. No estoy seguro de haberla siempre psicoanalizado; sé que siempre Alejandra me poetizaba a mí.

La entrega de Alejandra a la poesía era total, absoluta. Fue lo que le permitió resistir —hasta que decidió abandonar la lucha— los embates del *viento feroz*. La irrenunciable y heroica tarea de acercarse al caos para entrever su ley secreta, de atisbar en las tinieblas para iluminarlas con el relámpago de la palabra precisa y bella fue la tarea que eligió como definición de su destino. (*Necesito hacer bellas mis fantasías, mis visiones. De lo contrario, no podré vivir. Tengo que transformar, tengo que hacer visiones iluminadas de mis miserias y de mis imposibilidades… Hoy me apliqué varias horas a Góngora… él «sabía», se daba cuenta de las palabras, de todas y de cada una*).

Siempre confié en Alejandra. Más allá de sus desfallecimientos, de sus abandonos, de sus renuncias, de sus angustias, de sus muertes —de su muerte— sabía yo que estaba salvada, irremediablemente, porque la poesía estaba en ella como una fuerza inconmovible. Y si los poderes oscuros, algunas veces, parecían ganar terreno, no era más que el trámite inevitable para que, después, lo terrible entrevisto se convirtiera en condición de crecimiento y de mayor lucidez. Hasta que Alejandra —hace diez años— decidió interrumpir su búsqueda. ¿Porque había ya encontrado? ¿Porque sintió que nunca encontraría? (*Simplemente, no soy de este mundo… Yo habito con frenesí la luna… No tengo miedo de morir; tengo miedo de esta tierra*

ajena, agresiva… No puedo pensar en las cosas concretas; no me interesan… Yo no sé hablar como todos. Mis palabras suenan extrañas y vienen de lejos, de donde no es, de los encuentros con nadie… ¿qué haré cuando me sumerja en mis mundos fantásticos y no pueda ascender? Porque alguna vez va a tener que suceder. Me iré y no sabré volver. Es más, no sabré siquiera que hay un «saber volver». Ni lo querré acaso).

En una carta le contaba que en mis últimos días de París, allá por el 55, había resuelto llevarme algo de la ciudad —el inexcusable souvenir— y morosamente le narraba mi aventura. Alejandra, a su vez, me confió que de tener que llevarse algo, como recuerdo de su estancia en París, se llevaría la fachada de una casa medio derruida que había visto en un pueblito —Fontenay-aux-Roses— *cuya estación de ferrocarril está llena de rosas*. Las ventanas de esa casa eran de color lila, *pero de un lila tan mágico, tan como los sueños hermosos*, que imaginaba que entraba en ella, y una voz la recibía: *Hace tanto que te esperaba*… Y allí se quedaba —para siempre— porque ya no tendría que buscar más.

Carta N.º 1[15]

Queridísimo León Ostrov:

Todavía me contemplo, asombrada de estar viva. Hubiera querido esperar varios días y después escribirle una hermosa y —dentro de lo posible— poética carta. Pero ahora no quisiera otra cosa que llorar y que usted me pregunte por qué. La verdad es que acá me muero de miedo. No sé si ello responderá a mi inmensa capacidad de temer o si la realidad contiene verdaderamente causas que lo desaten. No estamos en el pueblo sino en un paraje desolado donde no hay más que sonidos, ruidos informes que imitan todo lo que fantasea el miedo. ¿Nos pueden violar por la noche? Enseguida se encuentran ramas serviciales que remedan a la perfección ruidos de pasos. (Siempre que hayan sido las ramas). Es excesivamente solitario este lugar y de noche es una cosa horrenda que me enmudece de terror. Y siempre la voz del mar, una voz desgarradora. Mientras escribo contemplo millares de hormigas que caminan a mis pies. Algunas me escalan. Me muero de náuseas. En verdad, pronto sonreiré, tal vez, de mi estado actual. (Ahora hay una mosca verde que bebe de mi frente). Pero ahora estoy muy desamparada, muy angustiada. Aunque me extrañe sobremanera no interesarme por el aspecto de aventura que presenta la cosa. Anoche creí estar en mi cuarto, sufrí mucho al despertar. Además me empezó a molestar la columna vertebral, tal vez porque duermo en el suelo, no sé… Ayer me dije que debo volver —creo que no hay pasajes hasta fin de mes— y que no me importaría viajar de pie, necesito estar en mi cuarto, lejos de esta monstruosa naturaleza. He visto los médanos. Parecen monstruos de un planeta

«Ne me dites plus rien: pour vous j’ai tout perdu!» (Le Cid)

desconocido. Estoy tan mal que nada me parece válido ya. Creo que voy a irme. ¿Acaso las demás tienen menos miedo que yo? En realidad también están asustadas pero no como yo… ¿Para qué todo esto? Y si me violan, si me asesinan —lo creo probable e imposible a la vez—; lamento estar aquí, lo lamento mucho. Si me ocurre algo y no vuelvo más me gustaría que usted le pidiera mis poemas a mi madre. (Para más referencias: están en la biblioteca, bajo llave). Ayer pensé en usted pero no pude determinar si lo que prefiere es que me quede aquí y luche con el miedo o que me vaya. También cuando viajaba pensé en usted, pero estaba eufórica y todo era muy bueno. Recuerdo que estuve mucho tiempo pensando en Kafka, debido a que el domingo antes de irme terminé de leer un libro que había empezado meses atrás, *Cartas a Milena*. Cuando viajaba, impresionada por la lectura, se me ocurrió que la diferencia entre Kafka y yo es que él tenía una extraordinaria libertad de pensamiento y

una horrenda inhibición para actuar mientras que a mí me sucede lo contrario. De cualquier modo me impresionó mucho, especialmente cuando dice frases como ésta: «Y en verdad es hasta cierto punto una blasfemia construir tanto sobre una persona». (Acaba de pasar Gregorio Samsa ya metamorfoseado).

¡Oh perdón por esta monotonía, perdón por esta carta espantosa, perdón por haberlo conocido, y por haber nacido! Pero ya se arreglará —siempre que se me pasen los dolores, apenas puedo escribirle— de cualquier modo todo seguirá igual.

(He interrumpido la carta y ahora vuelvo más calmada). Creo que sería una verdadera cobardía volver. Pero al mismo tiempo este viaje es una temeridad gratuita. Solo me calmaré completamente si logro leer los libros que he traído. Pero la literatura está lejanísima. (Hay dos hormigas en mi mano. Esta naturaleza es obra de un demonio amargado. Pero usted ha intervenido y ellas se han ido inexplicablemente). Hay un viento atroz, un viento que consume mis deseos, no puedo meditar ni imaginar nada, he cerrado las puertas de mi ser y solo queda una receptibilidad ansiosa y desconfiada. ¿Iría a ser algún mal presagio este viento? Tal vez me diga que usted me olvidó y que nada me queda sino este estar aquí, roída por insectos engendrados por mi culpa. Tal vez ellos busquen redimirse por medio de mi miedo. ¿Y si esta carta fuera nuestra última comunicación? No tengo miedo de morir, tengo miedo de esta tierra ajena, agresiva, tengo miedo del viento (yo que dije que «hay que salvar al viento» ahora digo que «hay que salvarme del viento»), tengo miedo de los árboles salvajes, nacidos porque sí y para nada. Ahora comprendo que no es posible volver a la era en que se hacía fuego con madera y piedras (como hacemos nosotros) porque tal vez la naturaleza esté agraviada de nuestra huida y cada uno que retorna a ella se ve objeto de su odio causado por el desamparo en que la hemos dejado. Hace siglos que me fui de Bs. As. y hace siglos que lo vi a usted. Y esto último me hace doler el corazón. ¿No puede hacer algo para que el viento se tranquilice? ¿Por qué no les dice a los árboles que soy inocente? ¿Y al mar que no ruja? ¿Y a la noche que no construya complots contra mi miedo? Estoy segura que será bondadoso y hará todo lo que le ruego. Solo que no puedo retribuirle con otra cosa que con mi miedo, con mi falsedad… y si le interesa con mi total adhesión. Estoy en otro planeta y nada en él me enamora. Suya,

Alejandra
Martes 9 hs.

Carta N.º 2[16]

Raro no pensar en usted. Raro no disolverse en una angustia innombrable al pensar que estoy aquí, más sola que las piedras —aún ellas son besadas por el mar. Pero no estoy muy extrañada. He mirado al mar, lo alabé a pesar de todo, me enfrenté con el sol, y participé seriamente en el sueño de las arenas.

He preguntado a mi sangre si mi vida tiene posibilidades. Y se me ha dicho que sí. Y la palabra libertad tiene sentido. Esto es lo que sentí entre las rocas, junto al mar. He meditado en mi manía de negar la vida, en ese pesimismo mezquino del que quiero salir. No hay duda: *lo difícil* es aceptar la vida. De allí mis aullidos, mis horribles defensas para execrarla. Pero es solo por comodidad.

Quisiera ahora más que nunca trascender el miedo infantil, la imbecilidad, en suma. Todo es tan incierto y tan frágil que a veces me considero esa niñita perdida en el mar de la que habla Supervielle en un cuento. La única solución es ser valiente. En suma, dejaré de analizarme. No sé si mi decisión es definitiva, ¡cómo puede serlo si todo vuela, si a cada instante mi yo se alimenta de las cenizas de un yo anterior!

Carta N.º 3[17]

Muy querido León Ostrov:

No sé qué esfuerzo me exige escribirle, es imposible decirlo con palabras. Hace mucho tiempo que vengo escribiéndole cartas y rompiéndolas, diciéndome: no, no es eso lo que yo quise decir. Lo peor es releer al día siguiente lo que escribo hoy: jamás me puedo reconocer. Pero ahora estoy sentada en el *Café de Flore*, cerca del correo y enviaré estas líneas, aún sabiendo que me arrepentiré de ellas. He recibido su carta y la he leído y releído. Ella me dio unos deseos furiosos de que mi próxima carta fuera alegre, un mensaje de paz, de serenidad, de bienestar. Tout va bien! Y que usted pensara, al leerla: hizo muy bien en irse a París. Pero no es posible aún. Y tal vez jamás lo sea. Estoy tocando fondo en mi demencia. Las alucinaciones se multiplican, ahora con miedo: qué haré cuando me sumerja en mis mundos fantásticos y no pueda ascender. Porque alguna vez va a tener que suceder. Me iré y no sabré volver. Es más, no sabré, siquiera, que hay un «saber volver». Ni lo querré, acaso. Por eso dibujo todos los días. Temor de mi desconexión, de mi indiferencia, de mi soñar pasivo. Estoy enamorada de esta ciudad. Miro, veo, camino. No estoy ociosa. Pero nunca he tenido una conciencia más fuerte de mi enfermedad, de mis imposibilidades.

Esta carta me exige un esfuerzo enorme. Hace tanto tiempo que no hablo —y para mí hablar es hablar de mí— hace tanto que sonrío, digo idioteces con mi maldita familia, o frases ingeniosas con las pocas personas que encuentro, o mentiras en mi correspondencia con mis padres. Hace tanto que no digo «yo» y hablo de mis miserias. Y me hubiera gustado tanto, digo, que mi carta fuera eufórica y maravillada. Pero para eso me tendrían que asesinar antes: «no me podrán quitar el dolorido sentir»… Hice tantas idioteces, he bebido tanto, he gastado todo mi dinero, y ahora no sé qué hacer, si bien no me angustia demasiado. El mes pasado me fui a vivir a un hotel y después tuve que volver chez mon oncle, a causa de carecer de medios. Pero qué puede significar el dinero si estoy luchando cuerpo a cuerpo con mi silencio, con mi desierto, con mi memoria pulverizada, con mi conciencia estragada. Hasta mi cuerpo presenta signos de la lucha: estoy enferma porque bebo y bebo cuando estoy enferma. Además, descubrí que el chocolate me hace mal por lo cual se me convirtió en una necesidad semejante a una droga. A veces me hundo en un cine para escapar, por unas horas, a mis necesidades, mis compulsiones viciosas. Me pregunto por qué no me avergüenzo de decirle estas miserias.

Recibo cartas nostálgicas y llenas de afecto de mi madre: quiere que vuelva. Yo también hasta hace unos días, quería volver. ¿La causa? Mi entrañable

correspondencia con Susana, basada esencialmente en el humor negro. Pero hace ya dos semanas que no me escribe, lo que me lleva a sentir un odio profundo por ella. Lo mejor es que no me importa tanto lo que me escribe sino que me escriba. Que no me olvide. Esto podría ilustrar un trabajo sobre la psicología del cobarde: el que se arruina en sus esfuerzos por retener e impedir lo que es imposible de retener y lo que vendrá de todas maneras. Además, siguiendo con Susana, su silencio me impide querer volver.

Le escribo con grandes esfuerzos. Me siento bastante mal y probablemente quisiera estar en mi cuartito de Buenos Aires, en mi cama, con las frazadas cubriéndome la cabeza. Tal vez me exijo demasiado, como si yo fuera el empresario tiránico de una cantante —yo— que no quiere cantar. Pero me pregunto finalmente si todo esto no es bueno. Tal vez me sea fecundo encararme de una vez por todas (y qué irreal es esto: no existe «una vez por todas») con mis delirios.

Esta carta parece la de un espíritu. No hay sangre en ella. No encarna en actos, en sucesos, en nombres propios. Pero se acerca, en parte, a la verdad. Y la envío antes de releerla y romperla. Hasta muy pronto. Abrazos para usted y Aglae,

Alejandra
8, av. Chastenaye
Chatenay—Malabry Seine

Respuesta de León Ostrov

Querida Alejandra:

Su carta muestra cuán profunda es en Ud. su nostalgia por su madre. Lo que me dice de su cuartito de Buenos Aires, de sus frazadas, y el pasaje inmediato a Susana después de contarme sobre las cartas llenas de afecto de su madre, creo que son muestra suficiente. Ahí está en gran parte el problema, oscuro, negado, ambivalente, pero intenso y presente como una herida actual, a pesar de los días y los años. Tendrá que encararlo, inevitablemente. ¿Por ahora qué le puedo decir para ayudarla? Me dice que no está ociosa, que mira, que ve, que camina, que está enamorada de París; todo esto está bien, ya es algo, pero, evidentemente, poco, en la medida en que se le interponen, constantes, sus problemas y melancolías. ¿Me estaré arrepintiendo de haberla instado a que haga el viaje? No me resuelvo todavía. Creo —quiero creer— que, en definitiva, será fecundo, que en una persona como Ud., aún con todas sus dificultades, París no puede quedar como al margen, como mera ciudad interesante. Puede ser que necesite Ud. volver a Buenos Aires para asimilar la experiencia, para poder incorporársela y sentir, recién, ya dentro de Ud., que la aumenta y enriquece.

La imaginé escribiendo la carta en el *de Flore*, a donde yo iba todas las noches y del cual —no se lo cuente al mozo— conservo un balde de hielo con la inscripción «Café de Flore», que una tarde, en un verano, en un rapto preparado con premeditación y alevosía, y que no quise someter a ninguna consideración moral, me llevé como «souvenir» de ese París del cual no quería separarme.

Escríbame Alejandra, sin romper las cartas; déjese llevar por lo que espontáneamente le surja. No importa que al rato o al día siguiente no se reconozca en lo que escribió. Pese a Ud., Ud. es siempre Alejandra.

Un abrazo de Aglae, Andrea y mío,

León Ostrov

Alejandra: ¿Puedo pedirle un favor? Si no le resulta gravoso, en sus paseos, pregunte en las librerías de viejo si es posible conseguir los siguientes números de *La Nouvelle Revue Critique*: 3-4-5-13-104-108 y 112. También el número sobre Freud editado por *Le Disque Vert*, que creo es del año 1924. Hágalos reservar para girarle yo el dinero o que directamente los entreguen a la librería Vrin, 6, Place de la Sorbonne, de la que soy viejo cliente, para que ellos me los manden y girarles el importe.

Una librería que se ocupa de conseguir libros y revistas agotados es Strechert-Hafner, en 16, Rue de Condé, Paris VI.

Muchas gracias

Carta N.º 4[18]

Queridísimo León Ostrov:

Gracias por su carta. Jamás he recibido y bebido palabras con tanta intensidad como las suyas. Justamente la noche anterior me había hecho una orgía de autoconmiseración, de nadie te recuerda y todos te olvidan. Pero desperté y vi su carta. Entonces el enemigo se corrió.

Lo que sucede es que tengo la maldita manía de comunicar exclusivamente mis angustias. Cuando estoy bien, cuando el ser canta y se encanta de estar en este mundo ancho y alto, no se me da por escribir una carta y decir que tout va bien.

Me fui de nuevo del hogar familiar. Estoy en una piecita en la Rue des Écoles, que habito gratuitamente aunque no tanto pues debo pasearme dos horas por día con una niñita por el Luxemburg o a veces colaborar en las tareas domésticas —en las que ya soy una experta— y además no salir de noche varias veces por semana cuando madame et monsieur salen y yo velo por la niñita a la que por otra parte degenero y pervierto pues le dejo hacer y decir todo lo que le prohíben; además dibujamos juntas. Tiene 2 años y medio y ya llegó al arte abstracto. «Haz un perro» —le digo. Y hace esto: o «haz un caballo» y: \ o «a papá»: o «a mamá»: etc. De todos modos me tendré que mudar pues me dieron la pieza por un mes solamente. Veremos qué haré y cómo se las arreglará sin un centavo. Me veo con algunos pintores argentinos: todos angustiados por el dinero. Yo, de mi parte, habito con frenesí la luna: ¿cómo es posible preocuparse por el dinero? Pero me gustaría no enajenar mi tiempo en un trabajo prolongado —lo que probablemente tendré que hacer. Pero quiero mi tiempo para mí, para perderlo, para hacer lo de siempre: nada.

Estoy tratando de hacer o comenzar a hacer un poco de periodismo para *La Gaceta* de Tucumán. Mi tío Armand —no el que me hospeda, pues tengo 2 tíos aquí— conoce a Simone de Beauvoir y le dijo que yo le puedo hacer un reportaje. Ayer la llamé por teléfono: fue la sorpresa más grande de mi vida: marco el número y me responde una voz de sirvienta gallega: yo creo haberme equivocado y pregunto de nuevo por Mme. de Beauvoir. «C'est elle qui parle» —dice la voz a los gritos. Le murmuré mi nombre y le murmuré lo del reportaje. Me respondía a los gritos, una voz tan rara, tan funcional, tan al mismo tiempo generosa —porque se da tanto a pesar de su fealdad— e histérica y flexible. Y hacía tanto contraste con mi lentitud, mi gravedad, mi sentarme sobre cada palabra como si fuera una silla. Cuando corté —el reportaje[19] se hará tal vez la semana próxima— me dio un ataque de risa interminable y me fui a jugar con la

niñita que se quedó absolutamente sorprendida de mi euforia, de verme tan animosa y deseosa de jugar. No dejé de pensar en esa voz durante todo el día, no sé por qué la asociaba con el abismo que existe entre la poesía y la vida, entre un gran poeta que en general vive como un oficinista y un ser que hace un poema de su vida pero que no puede escribir poemas. Pensé si no habrá que elegir: orden, método, trabajo fecundo, existencia mesurada, estudiosa: entonces se escriben grandes poemas y grandes novelas, o lo otro: un sumergirse en la vida, en el caos de que está hecha, en las aventuras «oh la vida de aventuras que cuentan los libros para niños ¿me la darás a cambio de todo lo que he sufrido?» (cito y deformo de memoria). En suma, ¿cómo vivir?

Lo que me dice del problema con mi madre es más que cierto. Aquí en París me surgieron recuerdos de cosas viejas, que creí sepultadas para siempre: rostros, sucesos, etc. Los anoté y traté de analizarlos seriamente. Pero lo que me interesa es haber descubierto que no conozco el rostro de mi madre (yo, que tengo una memoria excepcional para los rostros) sino que lo veo en la niebla, esfumado, como el negativo de una foto. Conscientemente, no la extraño. No sé qué decirle en mis cartas ni tengo ganas de decirle nada. Ella me envía tres o cuatro frases convencionales y muchos abrazos. Posiblemente no me importaría no verla nunca. Pero no confío en estas afirmaciones. He pensado en el análisis. En Buenos Aires lo había descartado de mis proyectos. Pero aquí me asalta y me invade muchas veces la evidencia de mi enfermedad, de mi herida. Una noche fue tan fuerte mi temor a enloquecer, fue tan terrible, que me arrodillé y recé y pedí que no me exilaran de este mundo que odio, que no me cegaran a lo que no quiero ver, que no me lleven adonde siempre quise ir. Pero para hacerme el psicoanálisis necesito ir a Buenos Aires. Y no sé aún si deseo volver o no. Creo que mis angustias en París provenían del brusco cambio de vida: yo, que soy tan posesiva me veo aquí sin nada: sin una pieza, sin libros, sin amigos, sin dinero, etc. Mi felicidad más grande es mirar cuadros: lo he descubierto. Sólo con ellos pierdo conciencia del tiempo y del espacio y entro en un estado casi de éxtasis. Me enamoré de los pintores flamencos y alemanes (particularmente Memling por sus ángeles), de Paolo Uccello, de Leonardo (La virgen, el niño y Sta. Ana —¡por supuesto!— que me arrastró a una larga y absurda interpretación sexual, aunque en verdad no hay qué interpretar pues todo está allí). Y naturalmente Klee, Kandinsky, Miró y Chagall (los preferidos, por ahora).

Me parece muy bien que se haya llevado un balde del *de Flore*. Yo, por ahora, me porto juiciosamente: sólo unos pocos libros. Pero si me tuviera que llevar algo sería la fachada de una casa desmoronada de un pueblito llamado Fontenay-Aux-Roses, cuya estación de ferrocarril está llena de rosas. Las ventanas de esa casa tienen los vidrios de color lila, pero de un lila tan mágico, tan como los sueños hermosos, que me pregunto si no terminaré penetrando en

la casa. Tal vez, si entro, me reciba una voz: «Hace tanto que te esperaba». Y yo ya no tendré que buscar más.

Hago —se hacen— algunos poemas. Cuando los corrija le enviaré algo. Sigo dibujando pequeños monstruos. Y leo al «perro de Lautréamont». Escribo minuciosamente mi diario. Y envejezco. Cumplí años y soñé que me decían: «el tiempo pasa». Pero no lo creo. Quevedo tampoco lo creía: «miro el tiempo que pasa y no le creo» (cito de memoria). Mi único ruego constante es que no me abandone la fe en algunos valores espirituales (poesía, pintura). Cuando me deja temporariamente viene la locura, el mundo se vacía y rechina como una pareja de robots copulando.

Le buscaré las revistas y todo lo que necesite o —y– llegara a necesitar. Abrazos para usted y para Aglae,

Alejandra

Numero las cartas para nuestros futuros biógrafos.

Carta N.º 5

Muy querido León Ostrov:

Le envié hace poco una carta desde una hermosa piecita, que ya no existe para mí, pues estoy de nuevo con mi familia, hasta fines de este mes. Después va a venir Agosto y no sé qué haré, hay un vacío en Agosto, una distancia hecha de un precipicio, que necesitaré saltar o, lo mejor, cambiaré de camino. Le dije que le contaría sobre mi encuentro con S. de Beauvoir, pero me es penoso rememorarlo. Quizás, y casi como siempre, veo con ojos lúgubres cosas que objetivamente no lo son. Razonablemente hablando, tal vez fue un encuentro como cualquier otro del estilo: una periodista preguntando sobre esto y aquello, y la entrevistada que responde. Pero yo no me he recuperado aún de lo que fue para mí este encuentro: una profunda experiencia del miedo. Y más profunda aún por lo inesperado de este miedo. Comenzó el día del encuentro: despertar y sentir que el corazón me lleva y me trae. Horribles sacudidas. Taquicardia. Esto fue nuevo. No era mi viejo miedo «espiritual» posible de traducir en metáforas. Un nuevo miedo: cuerpo y alma encontrados por vez primera, reunidos, celebrando nupcias horribles. Traté de beber, pero la primera gota me obligó a permanecer tendida en la cama varios minutos, asistiendo a algo como una revolución. Imposible pensar. Imposible todo. Imposible también la lenta agonía —con la mano en el corazón— de mi ser paseándose hasta que se hizo la hora y yo entré en *Les Deux Magots* rogando y rogándome que mi voz surgiera —pues mi miedo más profundo (el de los exámenes) era que la garganta se cerrara. Y cuando llegó me calmé un poco pues su aspecto no es en modo alguno aterrador. Le pregunté —con una seriedad excesiva, con la voz estrangulada, con el ritmo del corazón siempre delirante— sobre la mujer y el arte y algunas otras idioteces por el estilo que respondió con algunas frases de *El segundo sexo*. Cuando finalizamos me preguntó a su vez sobre mí y mis cosas: y le dije de mis poemas, de mi preocupación por la palabra, de mi angustia por mis poemas actuales, etc., exagerando un poco, por supuesto, cuando dije, por ejemplo que «lo único que me interesa en este mundo es hacer poemas», lo que la sorprendió, sin duda, y me pidió mis libros. Creo que contenía o reprimía su interés por mí, no sé por qué, pero seguramente a causa de su tiempo escaso, y cuando nos despedimos, me insinuó que vuelve de Brasil —se va ahora con Sartre— en Octubre, por lo que estará «a mi disposición». Bueno, yo me quedé dos horas en el café —ella ya se había ido— y me sentí repentinamente bien: «ya pasó el miedo», me decía. Lo mismo que en los exámenes.

Demás está decir que el corazón jamás volvió a molestarme sino que lo que le sucedió fue festejo exclusivo para «el encuentro» (título de un cuento que hice sobre lo que le acabo de contar). Olvidaba decirle que S. de B. me dijo que «por

qué soy tan tímida y cómo voy a hacer para persistir en los reportajes con tamaña timidez». Me pregunto cómo haré ahora para escribir un artículo sobre las idioteces que le pregunté. Quiere que se lo envíe cuando se publique. (Conoce ese poema de Eliot: «¿y cómo podría yo atreverme?»).

Hablando de poemas hice varios nuevos y no son malos. Leo a Góngora y a los surrealistas y me preocupo por la palabra —no sólo en la frase sino en sí, sino y sobre todo en sí. Creo haber hecho un pequeño progreso en los últimos poemas. Y descubrí que se puede hacer poemas sin tener nada pensado, sin pensar, sin sentir, sin imaginar, en cualquier instante y a cualquier hora. En suma, «el poema se hace con palabras…». Y con ganas de hacerlo, agrego.

Esto tal vez, para justificar mi apasionada declaración sobre mi vocación poética —de la que me siento tan insegura como con todo— a S. de B.

También dibujo. Le mostré lo que hice a Octavio Paz y lo estima mucho. Con Paz tengo una relación rara. Hay algo misterioso —nada sexual— que nos une y nos obliga a una familiaridad que asomó en cuanto nos vimos.

Volviendo a lo del encuentro me dejó anonadada. Me refiero siempre al miedo incomprensible que sentí y que siento cuando me animo a recrearlo. «El miedo pegado a mi rostro como una máscara de cera». Qué no me animaría a hacer ahora para desmentirme mi terror, mi ser cobarde. Ir al fuego, al agua, a la perdición, al suplicio, sí, pero es tan fácil; lo que no podría hacer es otro reportaje. Y esto es para reírse. O no.

El reportaje fue el martes. Desde entonces hasta hoy, viernes, no he salido de esta casa —de mi cuarto sombrío y no muy lindo. Ha llovido hermosamente y me han faltado ganas y motivos de moverme. Leí varios libros, escribí varios poemas, no hablé con nadie —sino los saludos convencionales de siempre— y descubrí que me sentía —apenas me atrevo a decirlo— «casi feliz». Exceptuando las veces en que me «acordaba». «Estás en París; tienes que salir, tienes que ver». Entonces la angustia. «Mañana; juro que mañana saldré». Pero un nuevo libro, pero tal vez un nuevo poema. Y el silencio interno tan agradable después de haber leído muchas horas, después de haber escrito. Ese silencio como una mano de terciopelo. Tal vez un poco de hastío, pero no obstante, una sensación casi de dicha, una tristeza tan dulce que deviene alegría. Un olvido absoluto de la realidad, de su horror. «Pero no puedes pasarte la vida encerrada leyendo y haciendo poemas como Calipso, la tortuga–electrónica–poeta». ¿No puedo? ¿No se puede? ¿Por qué no se puede? ¿Por qué hay gente que trabaja diez y quince horas por día en lo que le gusta y no siente que «no se puede»? Pero «no se puede». Está dicho. Hay que trabajar en cosas serias y ganarse la vida. Por otra parte, esta concentración de ahora en la lectura y poesía no puede durar mucho. Mañana o pasado retornaré a mi nebulosa mental y arrastraré un

solo libro durante meses, en los que no escribiré una sola línea. No obstante necesito leer, lo necesito para sobrevivir; estoy absolutamente convencida de necesitar alimentos poéticos para mi poesía. Lo que se llama técnica poética —si bien no existe— pero hay algo diferente que llaman con este nombre equívoco. Yo lo necesito. Necesito hacer bellas mis fantasías, mis visiones. De lo contrario no podré vivir. Tengo que transformar, tengo que hacer visiones iluminadas de mis miserias y de mis imposibilidades. No sé si me explico bien. Por eso, hoy, por ejemplo, me apliqué varias horas a Góngora. Lectura un poco penosa la vez primera. Y no obstante él «sabía». Se daba cuenta de las palabras, de todas y de cada una.

Aún no sé qué haré —me refiero a la «realidad». Para quedarme necesito pensar en ganarme la vida. Cuando pienso en ello pienso que no es justo aplazar siempre las cuestiones que siento urgentes: leer, escribir, etc. Razonablemente hablando: pueden hacerse las dos cosas. Sí. Pero mi sueño, mi aspiración más grande se enlaza a mi signo astrológico: Tauro —el mismo que el de Balzac— signo asociado a la fecundidad, a la capacidad de trabajo, a la voluntad, del que estoy desviada por alguna aberración pero gimiendo siempre por incorporarme a sus fieles: sólo seré feliz cuando escriba innumerables volúmenes, cuando escriba sin detenerme durante días y meses y años. Pero qué quiero escribir o sobre qué, me pregunto, si en mí hay sólo silencio. Pero no me convenzo. Y la vieja aspiración sigue, frustrada y persistente.

Otra vieja frustración —y esta carta deviene crónica— es el estudio. Saber que lo necesito para mis poemas, lo necesito para justificarme, (no sé ante quién pero no deja de aterrarme que, en un sentido social, si yo leo a Góngora para mí estoy «perdiendo el tiempo» mientras que si lo leo para un examen «trabajo» y «me beneficio»). Además en tanto no finalice los estudios seré siempre una vagabunda. Pero cómo seguir si «el miedo se adhiere a mi rostro como una máscara de cera» cuando pienso en los exámenes, en hablar en público. La primera solución que se me presenta es el psicoanálisis. Quizás me ayude a poder hablar sin miedo. Pero si no fue posible curarme con su ayuda, por qué será posible con otra, cuál será mejor, es que acaso hay alguien mejor que usted en Buenos Aires. Y no sólo el no poder hablar me lleva a pensar en este tratamiento: es también el pasado que aquí despertó, que me sobreviene en oleadas, que me molesta como una invasión de moscas venenosas. Me debato y mato, pero vienen más y más. Hasta que caigo y viene el silencio.

Todo esto que cuento y digo sucede hoy. Mañana tal vez despierte y sonría con cierto desprecio por la obsesiva de ayer, por sus planes «burgueses», por su anhelo de seguridad. Y tal vez la neurosis sea esencialmente un anhelo de seguridad. Un no saber que ella no existe (Descubrimiento durante el viaje). Pero aunque mañana venga Otra y pasado Otra, mi visión de la felicidad es

siempre la misma: un poder trabajar en y con las cosas que uno quiere. Me pregunto si hay posibilidad de cura cuando alguien no lo puede. Si no puede trabajar es porque no quiere, no tiene cosas que quiere. ¿Y alguien que es así está enfermo? Oh me gustaría conversar con usted de estas cosas.

Hablé por teléfono con Verdevoye y tal vez nos veremos la semana próxima. Perdón por mi lentitud en buscar las revistas: comenzaré «mañana». Perdón también por esta carta aburrida y excesiva. Abrazos para usted y Aglae,

Alejandra
15 de julio

Respuesta de León Ostrov

Buenos Aires, agosto 18 de 1960.

Querida Alejandra:

Todo este tiempo estuve pensando en escribirle, pero las circunstancias me imponían postergarlo porque estaba todo yo preocupado e indignado por una canallada que, en la Facultad me había preparado, a traición, el «colega» que dirigía —le aceptaron la renuncia hace unos días— el Departamento de Psicología. Se trataba, sencillamente, de eliminarme. ¡Me resultó tan sorpresivo e incomprensible todo eso! Por suerte logré desbaratar la maniobra. Ahora —solucionado el problema— vuelvo a Ud.

¿Se enteró de que Silvina Bullrich publicó en *La Nación* de hace un par de domingos un reportaje a Simone de Beauvoir? Me pareció bastante flojo y lamenté que se adelantara al probable suyo. No sé si publicarían enseguida otro, en caso de que me lo mandara. Pero ha escrito Ud. un cuento y confío en él.

Alejandra: no creo que sea yo el mejor psicoanalista de Buenos Aires. Creo que otro, a lo mejor, podría sacarla a Ud. de sus miedos y de sus problemas. Por motivos X, Ud. se traba con dificultades que, en definitiva, traducen su dificultad para aceptarse. ¿Qué importa si «mañana no escriba o arrastre un libro durante meses?» Todo eso no es, en Ud. pérdida de tiempo, es «trabajo», elaboración, creación, aunque aparentemente no lo parezca. Ud. es de esos seres que trabajan siempre porque la intimidad no descansa. Y si sus miedos y miserias se convierten, después, en palabras bellas, pues alégrese, porque las palabras bellas solo surgen cuando algo, de adentro, hermoso o terrible, mejor, hermoso y terrible, las impulsa. Déjese de exámenes y convencionalismos: Ud. trabaja y se beneficia cuando lee a Góngora para Ud., y casi diría que pierde el tiempo cuando lo lee para preparar un examen.

Me alegra que haya hecho amistad con Octavio Paz. Sé cuánto lo admira, y vaya aprendiendo que lo que importa, en definitiva, es saber que hay unas cuantas personas que la quieren y saben lo que Ud. es capaz de hacer por lo que ya ha hecho.

Un abrazo grande de Aglae, Andrea y mío,

León Ostrov

Carta N.º 6[20]

Muy querido León Ostrov:

Tenía pensado escribirle más tarde, cuando hubiera sobrevenido lo que yo esperaba y que tal vez sobrevenga pero yo ya no lo espero tanto, ni como antes, como ayer. Me habían propuesto que yo hiciera el scénario de un film corto sobre Vallejo para difundirse por la televisión en varios países sudamericanos. Acepté feliz. La propuesta coincidía con mi buen estado anímico: había salido mucho, había visto. Había acariciado la esperanza de quedarme en París mucho tiempo, indefinidamente, esperanza que se resolvió en certeza cuando la propuesta. La había aceptado con todas mis buenas intenciones de hacer algo alguna vez por mí, algo bueno y que me alegre, que me libere. De esto hace unos 15 días. Dos semanas sin ver nada, sin visitar a nadie, sino como empujada por algo o alguien terriblemente fuerte, y yo me decía: trabajá, si trabajás te vas a salvar. Anduve torturándome en la Biblioteca Nacional donde no hay nada sobre la vida de Vallejo. Ni siquiera tenía sus poemas que están agotados y que por fin me consiguió Jonquières. Fui a la Unesco y hablé con cuanto peruano existe. Por intermedio de un amigo de un amigo de un amigo de alguien que conozco di con la noticia de la existencia de una vieja bailarina peruana, viuda de Ernesto More, gran amigo de Vallejo. Anteayer, pues, fui a lo de una vieja condesa rusa fanáticamente marxista, que vive en «su» calle Visconti. Como la reunión era muy tarde pasé por el café *Old Navy* lleno de argentinos y no sé cómo fue pero enganché a un italiano que me acompañó. Llego y está el chico peruano (amigo de un amigo… etc.), la bailarina, la Condesa, una vieja bouquiniste que me vendió una vez el Kama–Sutra junto al Sena y un muchacho español que trabaja de sifonero en el verano y en el invierno ayuda a un filólogo a traducir al francés el *Mío Cid*. Todo muy interesante pero frustrador cuanto a Vallejo. La vieja bailarina se hacía la importante y mentía abiertamente. Por fin se dio el gusto y me enseñó cómo bailaba Vallejo cuando se embriagaba. Entonces me fui y era tarde y el italiano no pudo volver a su casa a causa del metro que no andaba a esa hora. Entonces se metió por la ventana de mi cuarto (habito provisoriamente en la Résidence Universitaire d’Antony: «Les visites masculines sont interdites»). Y por supuesto hicimos el amor —expresión infiel en este caso. Y todo pasó de una manera muy interesante sólo que es muy largo y difícil contarlo ahora. No es esto todo: me vi con la sirvienta de Jonquières, que tenía una revista peruana; me vi con Ricardo Paseyro, yerno del finado Supervielle; me vi ayer con Jorge Carrera Andrade, quien me miraba con desconfianza al principio y finalizó comprándome cigarrillos y nos veremos de nuevo, etc. En suma: no tengo casi nada de material para el film. Porque se necesitan cosas vivas, circunstancias, etc. Y no hay sino poemas e interpretaciones metafísicas.

Además, con mi inteligencia muerta, con mi imaginación absurda, con mis visiones cada día más alucinadas, qué estructura dar a este film, de manera que sea aceptado por personas que piensan en el interés comercial y en la aceptación pública que puede tener. Y lo peor es que quiero encarnizadamente hacerlo. Y quiero que me den a mí los otros que piensan hacer: Darío, Gómez Carrillo, Supervielle, etc. Y me interesa profundamente ganar dinero haciéndolos, y me interesa hondamente aprender el oficio de escribir para la televisión.

Me pasé dos semanas en estado de ansiedad dichosa: todo esto que digo que me interesaría hacer se me presentaba posible. Y le confieso que pensé con alegría en la posibilidad de ganar mucho dinero, escribir sobre lo que existe y jamás sobre lo ausente, es decir, escribir produciendo obras que serían artículos de consumo (para la T. V.) y pensé con alegría, digo, en no escribir poemas nunca más. «Salvada», me dije. Pero me di cuenta que había exagerado: corrí y anduve mucho y me fatigué horriblemente y todos me decían si estoy enferma. Pero me hacía trampa, porque dentro de mí no hacía el scénario, no lo pensaba, dentro sólo había la esperanza de salvarme. Y cuando ayer recibí una carta bastante fría de mamá, motivada posiblemente por alguna desaprobadora de mi persona de mi tío de aquí (me he distanciado completamente de mi maldita familia) y me preguntaba cuándo volveré, (la primera vez que lo pregunta) y me decía cosas tan sin importancia, tanto hastío, tanta frustración en las pequeñas familias, que me juré trabajar hasta morir y no volver, o si vuelvo, volver fuerte y casi o algo o apenas libre. Pero hoy comienzo el scénario y me desespero. Entonces le escribo a usted, como si le pidiera que me ayude contra lo que en mí quiere ir a la caída, eso en mí enamorado de la miseria, de la pobreza, del malestar, del desamparo, de lo huérfano, de la muerte. Hasta pensé esto, a propósito del scénario: o lo haces y trabajas como una mujer adulta o te vas al Sena y das el sonido de un cuerpo menos. Pero no es tan fácil. No es tan fácil. Hoy, como no hice nada, me angustié y de pronto se vino todo: hice o se hicieron cinco poemas, absolutamente incomprensibles y no muy malos. Alegría entonces. Bienvenidos. Termino de escribirlos y se va la esperanza de la salvación por la profesión remunerada. Al diablo todo. Mientras lleguen los poemas. Pero quiero hacerlo. No quiero ir a Bs. As. a vivir con mi familia. Pero no puedo pensar en el scénario. No estoy muy angustiada ni muy triste pero no puedo pensar en las cosas concretas. No me interesan. Me pidió también una chica que hace cine y televisión que colabore con ella en un film corto sobre un desencuentro amoroso. Le di ideas buenas. Pero hacer los diálogos me es imposible. Yo no sé hablar como todos. Mis palabras suenan extrañas y vienen de lejos, de donde no es, de los encuentros con nadie. ¿Qué artículos de consumo fabricar con mi lenguaje de melancólica a perpetuidad? (A propósito de mí: ¿conoce *Las noches blancas*, de Dostoievski? Nunca sentí más fuerte temor que leyéndolo). Bueno, he creído que sería tan fácil cambiar como si fuera

vestirse distintamente. Hasta me ocupé de leer los diarios en estas 2 semanas. Y saber de política. Hoy hice los poemas, necesito escribirle y medito en la muerte y en lo de siempre. Estoy absolutamente convencida de que la vida es invivible. Ejemplo: estamos muertos. Luego, quisiera trabajar y leer y escribir y ganar dinero y no ver nunca a mi familia, y estar sola sin sentirme culpable por eso. Vida tranquila, industriosa, la que me prometo siempre. Hasta que reviento y me embriago y fornico durante una noche que no es noche sino un oscuro rito para restablecer el hastío y la calma y la espera absurda de siempre. Le escribiré pronto, le diré cómo anda todo esto, posiblemente mal repito (lo digo proustianamente: para que no suceda, por el solo hecho de haberlo pensado). Lamento lo de la Facultad y de su «colega». No comprendo por qué la gente es tan idiota. Le envían gran saludos Jonquières y familia. Ayer la vi a N. Gerstein, y me dijo lo hermosa que es Andrea. Entonces, para ella, para usted y Aglae grandes abrazos,

Alejandra

Perdón por el exceso de pronombres en primera personas



ha salido en plural: la semana pasada tuve, al fin, una experiencia nervaliana: salgo de mi pieza, llego al parque, miro mi enorme ventana y ¿a quién vi, en un centésimo de segundo? A mí. Me asusté y me sentí feliz. La experiencia del doble me fascinó siempre. Es curioso, pero no me acusé de esquizofrenia. Mejor dicho, me sentí agradecida.

Respuesta de León Ostrov

Querida Alejandra:

Apenas recibí su carta fui a «Verbum» para comprar un libro sobre la vida de Vallejo que hacía un tiempo había visto en la vidriera. Ya no estaba; lo habían vendido. Y Vázquez no pudo darme ningún dato concreto —autor, editor— como para tratar de conseguirlo en otra librería. Lo único que pudo decirme es que, dentro de uno o dos meses, lo recibirá de nuevo. Pasé por otras librerías y nadie sabía nada. Hubiera querido ayudarla con algo positivo en su empresa, pero desgraciadamente —por lo menos en forma inmediata— no es posible. Lo único que puedo hacer es, sí, decirle que si por unos días vivió con convicción y entusiasmo el proyecto, es indicio de que algo en Ud. está queriendo cambiar. No se desanime. Y no plantee las cosas como excluyentes. No se trata de no escribir más poemas para dedicarse a una literatura de distinta densidad. Si fuera así, le diría rotundamente que rechace toda invitación en ese sentido. Por otro lado no se engañe: no podría Ud. hacerlo: ni dejar de escribir poemas ni dedicarse exclusivamente a lo otro.

Además, creo que debería hacer, aun para T. V., lo que Ud. realmente siente. No se me escapa que la perspectiva comercial y el gran público como destinatario pueden ser un obstáculo insalvable, pero ¡quién sabe! A lo mejor lo suyo es captado, apreciado, porque su lenguaje, aunque lo considere Ud. como que proviene de mundos irreales y fantásticos, puede tocar, en más gente de lo que sospecha, cuerdas que están esperando quien sepa hacerlas vibrar.

En cuanto a su proyecto de quedarse, a lo mejor, indefinidamente en París, no quiero opinar. Lo único que importa es que descubra Ud. qué es lo que realmente quiere y en qué lugar del mundo siente Ud. que podría realizarlo mejor. He hecho la fantasía de que Ud., en París, puede llegar a convertirse en algo importante literariamente, porque ya lo es, pero París —nos guste o no— sigue siendo el gran resonador de la literatura en el mundo.

Escríbame pronto para decirme en qué anda con su scénario.

Un gran abrazo de Aglae, Andrea y mío,

León Ostrov

Apenas termino esta carta y me pongo a hojear un número reciente de *Insula*, me encuentro con esta noticia: la revista *Indice*, de Madrid, en su ejemplar de febrero de 1960 se dedica a examinar, en diversos artículos, la vida y obra de Vallejo. Se me ocurre que no tendrá dificultades para consultar ese número en París o para hacérselo llegar desde Madrid en

último caso.

Carta N.º 7[21]

Muy querido León Ostrov:

Espero que habrá recibido mi carta anterior, dedicada exclusivamente al tema «televisión y trabajo». Lamento anunciarle que lo de la televisión no anduvo pero que en cambio me sirvió para ponerme en contacto con la revista *Cuadernos*, en la que soy ahora empleada (y robadora de hojas, como es evidente). Trabajo desde el lunes, hoy es mi cuarto día, estoy contenta y no lo estoy, tengo un horario de oficinista, 9 a 12 y 14 a 18. El sueldo es muy bueno y sirve para vivir tranquilamente en esta ciudad que ya está en mí y que, según todos mis deseos, no abandonaré tan pronto. Pero le escribo a usted todo esto porque me siento un poco confusa con la novedad de que mi deseo de quedarme será realizado (si bien me excedo en el optimismo pues los tres primeros meses de todo empleo parisino son de prueba, y nosotros sabemos lo lejana que estoy de la empleada eficaz y necesaria. En fin…). El gran y enorme problema es, como decíamos ayer, mi madre. Ella sabe que tengo pasaje que me sirve para volver hasta marzo (mi anhelo secreto es devolverlo y comprarme algún autito viejo). Ahora bien: necesito de todas las fuerzas del mundo para no hacer la hija pródiga, para no volver y llorar y prometer ser buena y pedir perdón por haber nacido. Todos estos meses de soledad, de cambio de domicilio, de búsqueda de empleo, me han fortalecido algo. Para darle una idea de mi vida por aquí: dejé la casa de mi tío en Agosto y me fui a la residencia universitaria de Antony (veinte minutos de París) donde me quedé dos meses hasta que me cansé de su confort, de su ambiente universitario, de su poca relación con París, etc. La semana pasada me conseguí una pieza en un sexto piso de la Place de Clichy (en el corazón de Clichy, lleno de prostitutas y compañía). El hecho de que yo, la nacida temerosa y miedosa por orden y venganza de no sé quién, habite sola y solitaria una chambre de bonne en una dudosa calle de Montmartre, no es un hecho vulgar y corriente en la historiografía alejandrina. La pieza es muy hermosa pues no tiene ratas ni pieles sarnosas de viejas locas, pero en cambio no tiene agua y el baño (un agujero detrás de una puerta) queda a unos sesenta metros, y para ir allí ¡¡¡¡¡¡¡no hay luz de noche!!!!! Quiere decir que te prendes un fósforo y tanteas las paredes y las puertas hasta llegar a un infecto agujero casi siempre ocupado por un viejo siniestro que te saluda con los ojos en tu… Bueno, estoy exagerando, como siempre. Y ya que hablamos de corredores oscuros y agujeros volvamos al tema «madre»: a mi temor de volver por temor a su temor. A su venganza silenciosa. En fin, a todo eso que está en cualquier manual de psicoanálisis. Pero me gustaría quedarme varios años, ganarme mi vida varios años, trabajar como cualquier ser adulto, escribir (estoy escribiendo), no pensar en publicar sino escribir algunos años, sin urgencia, lentamente,

tranquila, etc. Y además leer, estudiar, en fin, vivir adultamente. Si consigo quedarme en este empleo (estoy trabajando con Edmundo Eichelbaum, quiero decir, en la misma oficina, creo que usted lo conoce; en verdad, fue él quien le habló de mí a Gorkin y fue por él que conseguí el empleo). Lo que sucede es que no deja de parecerme irrisorio y sorprendente donar siete horas de mi día, donarlas así, sabiendo que la muerte existe, y muchas cosas hermosas existen, y muchas cosas terribles, y trabajar así, como si no pasara nada, como si uno no viniera a la tierra por un tiempo breve. Todo esto me asombra profundamente, pero considerando racionalmente que hace un mes yo me quería suicidar, considerando que la imagen de mi vida era un golpearse la cabeza en la pared, y que ahora, cuando salgo de aquí, sólo tengo sed de cosas bellas, considerando todo esto, creo, en fin, que todo irá mejor. Y ahora lo dejo. Abrazos para usted, Aglae y Andrea,

Alejandra

Respuesta de León Ostrov

Buenos Aires, octubre 21 de 1960.

Querida Alejandra:

Me pregunta Ud. si recibí su carta anterior, dedicada al tema: T. V. y trabajo. Sí, la recibí, y a mi vez le pregunto si recibió la mía porque su interrogante me lleva a pensar que no llegó a Ud. La mandé al Consulado, y en ella trataba de colaborar con Ud. en el asunto Vallejo.

Me alegra todo lo que me dice en su carta. Creo que es el camino para Ud., por lo menos inmediatamente. Si siente que está logrando conciliar sus proyectos, a pesar de las siete horas de oficina, no ceda. Defiéndase, defiéndalos. Veo —complacido— que lo que siempre sostuve —que París es terapéutico— se está cumpliendo. Espero que no me defraude, y que pueda pasar por esos tres meses de prueba y poder quedar así en el empleo. Yo la «veo» a Ud. viviendo en París. Es una ciudad para espíritus como el suyo. Me acuerdo que Phillips —un psicoanalista inglés que estuvo hace un par de años en Buenos Aires, excepcionalmente culto— me decía que sus vacaciones —y eventualmente los fines de semana— los pasa en París. Y me acuerdo que yo, cuando estuve en el 55 en Europa, la primera ciudad que visité fue París. Arreglé mis cosas para recorrer algunas otras, pero para terminar mi estada en Europa de nuevo en ella, como si necesitara, como última impresión, llevarme la de París, que está en mí y me dibuja un futuro feliz pensando que alguna vez estaré de nuevo allí.

Arregle sus cosas, acepte que en esta breve vida —es inevitable— tenemos que dormir y trabajar a veces en cosas que no nos interesan del todo, es decir, reducir las horas de la contemplación y de la tarea que expresa nuestra vocación mejor. Todo eso que, aparentemente es perder tiempo puede, en definitiva, no serlo. Recuerde aquel cartelito que Saint Paul Roux colocaba sobre la puerta de su habitación cuando se iba a dormir: «Se ruega no molestar. El poeta trabaja».

Trabaje, en lo suyo y en la oficina, puesto que esto último es condición inexorable para seguir en París. Y vaya ahorrando, si puede, algunos francos y córrase a Roma cuando pueda. Y ya me dirá.

Un gran abrazo mío, de Aglae y de Andrea,

León Ostrov

Como la dirección que pone en el sobre es ilegible, resuelvo mandarle ésta a la de su oficina. En todo caso, acláreme la suya, particular.

Carta N.º 8

Querido León Ostrov:

Gracias por sus cartas y por lo de Vallejo y por lo que me dice y por cómo me lo dice. Por ahora todo va bien. Aquí está por estallar una guerra civil pero no se lo siente. Y aunque se lo sienta… (Dostoievski decía que podría muy bien caer todo con todos «con tal que yo pueda tomar mi taza de té»). El cielo fue blanco este mes, fue una ausencia, fue mi amor este cielo: era una tregua, un puente entre dos mundos. Me gustaría saber de Buenos Aires, es decir, de usted y de unos pocos más que quiero.

Le envío estas pocas líneas porque son para decirle que he recibido, me han llegado, sus dos últimas cartas. Dentro de poco le enviaré la mía propiamente dicha, que será enorme y problemática y enamorada del primer pronombre como todas las anteriores. Deseo enormemente que puedan venir cuanto antes a París. No se preocupe por mis direcciones ni mis cambios de domicilio que merecen por lo menos un Proust para referirlos. Escríbame siempre al Consulado. Abrazos para usted y Aglae y Andrea,

Alejandra
1 de noviembre de 1960.

Carta N.º 9[22]

Muy querido León Ostrov:

Quisiera explicarle lo que sucede. Pero no sé cómo transformarlo en palabras. El problema es si me quedo o me voy. Dentro de un mes y medio me dirán si me confirman en mi empleo. Si todo sigue como ahora, creo que me aceptarán, pues hasta el presente hago todo bien y no sólo no se quejan de mí sino que hasta parecen contentos.

Pero tengo un pasaje para volver que me sirve hasta principios de marzo. Si lo devuelvo pasarán años o mi vida hasta que pueda comprarme otro pues ahora cuesta el triple que cuando lo compré. Una forma de solución sería pedir aquí una licencia de dos meses (si es que me aceptan definitivamente) y volver con mi pasaje, quedarme un mes o quince días y retornar en avión a París. Pero ¿quién me pagaría el pasaje por avión? Mi familia, sin duda. Pero pienso si no será una esclavitud definitiva para mí obligarles a pagar tan caro el «placer» de ver mi rostro dos o tres semanas. Sin olvidar que les debo aún montones de dinero (pues son ellos que están pagando mi deuda con el Fondo Nacional de las Artes y son ellos que aún me envían un giro mensual —pues no quiero decirles todavía que trabajo). Confieso que no me gusta enviarle esta carta balzaciana llena de conflictos económicos pero es preciso, creo, para que vea cómo es el problema. Lo peor de todo es que mis conflictos económicos no existen. Quiero decir, no siento auténticamente la necesidad de ganar mi vida. Lo deseo con mi parte positiva, la que quiere liberarse de su estado infantil. Pero no deja de ser literaria esa parte mía, o al menos no deja de ser una construcción intelectual. Porque siempre hay algo detrás de lo que hago, siempre hay un sustituto que espera detrás de lo que hago y que me impide entregarme por completo. Es decir, que siempre hay lo otro por si me sale mal esto. Siempre está la posibilidad de volver si el empleo no resulta. Pero jamás me sucede «no tener más remedio» que hacer algo. Quiero decir, si la familia no me enviara giros y yo supiera que si no trabajo me muero de hambre y de frío, todo me sería más fácil.

Cuando pienso en Buenos Aires, veo cerrado, veo un pozo, veo algo que se abrirá por un segundo como una flor devoradora y se cerrará sobre mí. Cuando pienso en Olga, en Elizabeth, en Susana, siento el infierno que fueron esas relaciones. Cuando pienso en mi familia, en mi pieza, tengo horror ante la idea de envejecer allí, y me imagino absolutamente idiota, sin juventud, neutra, imposibilitada de hablar, imposibilitada de todo (casi diría que veo una plaza: yo ya soy casi vieja, mi madre me lleva a la plaza y me da órdenes, me dice que no juegue, que me voy a ensuciar y a darle más trabajo aún del que le doy). Esta

imagen de la solterona frustrada e idiotizada por su madre me persigue. Tal vez la refuerzan las palabras de mi madre en sus últimas cartas («me apena que te quedes en París en el invierno; allí hace mucho frío y puede hacerte mal»; «para qué tenés que sufrir allí y privarte de las comodidades que tenés aquí y de tus padres que te quieren», etc.).

Pero de cuando en cuando me llega la angustia de la Facultad. «Ya diste bastantes vueltas. Ahora a entrar en serio, a terminar lo empezado». Y cuento los años que me faltan para dejar de ser joven (lo que es absurdo). Y me digo que es ahora o nunca. Que debiera recibirme, terminar, aprender lo que de lo contrario jamás voy a aprender. Pero algo me dice que sólo se aprende lo que se ama y que la cultura, el conocimiento, es sólo cuestión de amor. Si no hay amor es un caos, aunque se conozcan fechas y datos y noticias eruditas. Pero tal vez sea una excusa para mi pereza. Y me pregunto qué hacer con mis lecturas desordenadas, con mi imposibilidad de hacer tantas cosas que me propongo. Ahora bien: lo único que me haría volver a Buenos Aires es el deseo de estudiar, de finalizar la Facultad. ¿Pero no debiera considerar mi experiencia del pasado? ¿No debiera considerar las cuatro o cinco veces que reinicié en vano esos estudios? Anteayer almorcé con Fryda de Kurlat y su marido, que vinieron por aquí por una semana. Independientemente de que yo la considere una fría y desapasionada profesional de la literatura, me llegó muy hondo lo que me dijo sobre los cambios y reformas en los estudios y sobre todo esto: que Susana está estudiando maravillosamente bien, que da un examen tras otro. Supe que este progreso se debe a mi ausencia, porque era mi influencia la que le impedía a Susana entregarse a los estudios áridos, yo hablaba demasiado de Rimbaud y de «las aventuras que cuentan los libros para niños». Yo le hacía experimentar un abismo entre la verdadera poesía y esa acumulación de datos e informes. Ahora que me fui está libre y no solo eso: estudia tanto porque la impulsa a ello su amor por quien usted sabe. La correspondencia con Susana languideció; yo siento demasiado rencor por lo que sufrí por ella, y además descubrí que me siento más serena y más en paz conmigo dejando de escribirle y haciéndome a la idea de que nuestra amistad no fue más que una de las tantas formas o expresiones de mi neurosis. Además, ese famoso humor negro que nos unía era mío, no era de ambas, ella sólo lo festejaba. Lo sé porque también aquí establezco comunicaciones de ese tipo. En fin, no comprendo bien mi relación con Susana, pero sé que me ha frustrado y que me atraía justamente por eso. Además, mi angustia por el estudio surgió fuerte cuando supe lo de Susana. Una de mis voces, dijo, justamente, que si deseo tanto estudiar, qué otro lugar es mejor que la Sorbonne. Y tal vez, esto lo digo susurrando, tome la vía heroica, trabajar y estudiar Letras en la Sorbonne. Pero queda lo del amor y la necesidad, mi convicción más profunda.

Siguiendo con Buenos Aires, ¿qué podría hacer allí si no sigo estudiando? De nuevo buscar trabajo, buscar empleo, y yo sé bien que jamás voy a encontrar un empleo como éste (me refiero al excelente sueldo). Además, aún el hecho de que casi todo lo que hago en la oficina es maquinal y rutinario (casi siempre copias a máquina) es justamente lo que me hace falta. Primero porque soy automática por naturaleza, y segundo que por más que me demuestre lo contrario no sirvo para las tareas de creación en una oficina (simplemente porque no soy de este mundo). Es más: muchas veces quise ser periodista, pero sé bien que lo quise por juego de niña. En el fondo me horroriza escribir sobre no importa qué para ganar dinero. Entonces, ¿qué encontraría en Buenos Aires? Me gustaría mucho verlo a usted pero no siento —lo confieso— una fiebre urgente ni un deseo irreprimible de ello. Tal vez porque estoy segura de que si vuelvo dentro de veinte años o si no vuelvo nunca, no por eso me va a olvidar. ¿Entonces qué sucede? A veces, cuando es de noche y estoy en mi pieza (vivo ahora en un excelente hotel —por fin me lo permití) me extraño y me digo que estoy loca, me extraño tanto de encontrarme viviendo sola, «lejos de mamá y de papá», y me duele tanto pensar en mi casa, en mi piecita de prisionera, y me digo que nunca tendré fuerzas para quedarme aquí. Pero después es la mañana, y me despierto enamorada de mi vida, son las ocho y el autobús bordea el Sena y hay niebla en el río y el sol en los vitrales de Notre-Dame, y ver a la mañana, camino a la oficina, una visión tan maravillosa, y aún la lluvia, y aún este cielo de otoño absolutamente gris —tan de acuerdo con lo que siento— este cielo que amo mucho más que el sol, pues en verdad no amo el sol, en verdad amo esta lluvia, esta tristeza en lo de afuera. Me asusta tal vez caminar por la Gare St. Lazare, cuando desciendo del autobús, y confundirme y entrar en la masa anónima de oficinistas y seres que van como si les hubieran dado cuerda, rostros muertos, ojos mudos. Entonces digo: en vez de estudiar y hacer lo que te corresponde he aquí que eres como ellos: una oficinista más; lindo destino para una poeta enamorada de los ángeles.

Bueno, no tengo tiempo para seguir y además ya no hace falta, creo. No releo la carta porque tengo miedo de ver que no es eso, no es eso lo que quisiste decir. Hasta muy pronto.

Abrazos para usted, Aglae y la pequeña Andrea,

Alejandra

Respuesta de León Ostrov

Buenos Aires, noviembre 25 de 1960.

Querida Alejandra:

Me alegró mucho su carta. El problema que plantea —venir o quedarse en París— por las dificultades económicas que implica, creo, sin embargo, que está a medias solucionado dentro de Ud., independientemente de lo que en última instancia resuelva hacer. Lo importante —lo más importante— es que sea Ud. capaz, de pronto, de decir que está enamorada de la vida que lleva, que advierta que se está ubicando cada vez más en lo que hace —no importa que la tarea en la oficina sea automática, mejor dicho, tanto mejor si es eso lo que quiere para obtener un sueldo. Está tomando Ud. conciencia de muchas cosas suyas. Creo que su regreso, *ahora*, podría ser contraproducente para Ud. Una vez que la confirmen en el trabajo comuníqueles a sus padres en qué está, cómo está. Afiáncese, asegúrese Ud. internamente y después podrá hacer esa visita que le preocupa, y podrá, más libremente, optar en definitiva: quedarse aquí, estudiar aquí o regresar a París. El problema del dinero, si Ud. se lo propone, lo puede ir resolviendo: arréglese para ir ahorrando algo todos los meses —ya que el sueldo parece tan bueno— aunque tenga que vivir en un hotel de menos categoría; organice las cosas para que no tenga que depender de nadie cuando llegue el momento de tener que resolver. Le digo todo esto porque creo que está Ud. muy cerca de saberlo por sí misma y desear actuar así. Ud. ya no se engaña. Es Ud. quien, frente a las nostalgias o remordimientos por no proseguir sus estudios en Buenos Aires se plantea qué mejor que seguirlos en la Sorbonne, si realmente quiere estudiar. Esto, también, aunque sea por ahora una mentira piadosa, puede aliviarles el pesar a sus padres, si les comunica que piensa permanecer un tiempo más en París. Y eventualmente, si viene, ser un pretexto —o ya una realidad— para regresar y retomar sus estudios en París. Creo, en definitiva, que esa experiencia de valerse sola —aunque no se den esas circunstancias extremas que señala, morirse de hambre y de frío, sin nadie a quien recurrir— es terapéutica. Ud. la necesitaba. No la desaproveche.

Un gran abrazo mío, de Aglae y de Andrea,

León Ostrov

Carta N.º 10

27 de diciembre de 1960.

Querido León Ostrov:

Hace bastante tiempo que deseo escribirle y no sé qué impaciencia me detiene en mitad de las cartas, qué exasperación ante la pobreza de mi lenguaje. En fin, le envío unas pocas líneas para que sepa que estoy, que vivo, y que si no escribo es porque no puedo.

Mi vida aquí viene y va, es la corriente de siempre, esperanza y desesperanza. Ganas de morir y de vivir. A veces el orden, a veces me devora el caos. Creo que actualmente es lo segundo. Tal vez le escribo por eso.

Mi trabajo en la oficina va bien. Hago las cosas bien. Con una absoluta inconsciencia. Pero es eso, al parecer, la razón de mi éxito. Pienso en lo más lejano mientras mis manos y algo que no sé qué es se funden con la tarea. Yo estoy lejos, y no obstante las cosas se hacen. Me asombro de no haber transformado esto en un infierno, quiero decir mi relación con los que me rodean. Soy silenciosa y cortés (très gentille) y mi única preocupación es Eichelbaum (a quien usted conoce, creo) y a quien odio, muy en secreto. Este odio me exaspera como todas las manifestaciones afectivas que no comprendo. Con toda humildad psicoanalítica, me permití descubrir —por sueños y asociaciones— que lo identifico profundamente con mi padre. Además, he dado en enamorarme platónicamente de una periodista argentina que prepara con él un programa de radio. Este amor es lo que me faltaba para llevarme a la actualidad el problema siempre ardiente que tengo con mi madre. Agreguemos que la periodista es lesbiana confesa y que E. se encuentra con ella en todas partes menos en la oficina («me impide verla»). Todo esto me sume en las dos sombras de costumbre, en los dos seres de la infancia, en la sensación de orfandad y en el dolor de siempre. Sólo que ahora me veo y me descubro. Es decir, durante el día comprendo lo patológico de este amor (hace ya tres meses que me deliro por ella) pero en la noche es la venganza, y cuando más «curada» me siento, por obra y gracia de mi esfuerzo e inteligencia, se producen sueños tristes como hospitales en los que está ella y estoy yo con mi familia. En fin, estos dos seres, E. y la periodista —que no sé por qué callo su nombre si usted la debe conocer— me son cercanos y presentes casi todo el día y toda la noche. Mi vida, entonces, es una conjuración de sombras. Veo otra gente, trato de salir, me obligo a ir al cine, al teatro, a leer, a escribir. Además, desde la semana pasada tengo un amante. Un amante que me hace feliz. Esto es tan asombroso, justamente ahora que me sentía en el centro exacto de la homosexualidad, viene alguien (un joven poeta muy parecido —por la poesía y por la manera de hacer

el amor— a Enrique Molina) con quien alcanzo una realización física absoluta, absurdamente perfecta. Y he quedado asombrada, cómo es posible, me digo, estar tan enferma y ser tan neurótica y no obstante, permitirse esta exaltación del cuerpo, esta plenitud sexual, esta aventura a fondo. Todo esto rodeado de temores por las consecuencias (como siempre) y además de un extraño anonadamiento porque yo no amo a este joven poeta, y me es en suma indiferente, y no obstante cuando viene es como una droga, algo mucho más fuerte que todo. No obstante, al día siguiente, viene la culpa, un sentimiento bíblico de la pesantez del cuerpo, del sexo y se me llena la memoria de palomas y necesito ángeles y flores: poemas. Lo demás está en la duda: no sé si volver o quedarme. Aún no me dijeron que me aceptan definitivamente pero sospecho que así será, y después de todo, qué importa volver o no, mejor dicho, importa no volver, importa mi soledad en mi cuartito —que he llegado a querer— mi libertad de movimiento, y esta ausencia de ojos ajenos en mis actos. Si no fuera por mi enamoramiento (que me lleva muchas noches a errar por las calles y buscarla: en cada rostro, en cada árbol, en los perros, en las hojas muertas, en las sombras; y la tristeza definitiva de volver después de no haber encontrado ¿y qué encontrar si lo que se busca no existe?) mi vida sería tranquila y posiblemente dichosa, pero esta nueva irrealidad en que me he sumido, este amar absurdo (ocurriendo, como siempre en estos casos, que ni recuerdo su rostro verdadero). En fin, tengo mucho miedo y no obstante estoy maravillada, fascinada por lo extraño y lo inextricable de todo lo que soy, de todas las que soy y las que me hacen y deshacen. («Sufren pero viven. El sufrimiento es real»). Pero me gustaría hablar con usted de todo esto. Mientras tanto, perdón por tanto conflicto, por ese lanzarme así por vía aérea, paciente a perpetuidad, erguida en la torre Eiffel como un inquebrantable «hommage a Freud». Abrazos para usted, para Aglae y para Andrea,

Alejandra

Carta N.º 11[23]

Querido León Ostrov:

Inútil explicar mis silencios. En el fondo de mí hay siempre una espera primitiva de un cambio mágico. (Una noche se romperán los espejos, arderán las que fui y cuando despierte seré la heredera de mi cadáver).

Estoy tan cansada de mis antiguos temores y terrores que no me atrevo a comunicarlos ni a decirlos. ¿Recuerda mi frase o estribillo de todos mis diarios: «Entrar en el silencio»?

He trabajado duramente en la oficina todos estos meses. Es testigo mi corazón debilitado y mi fatiga perpetua. Hasta creí morir. Te consumes. Piense en mí y en mi vida desordenada y cómo se la concilia con el despertador a las 7 hs. Y ocho horas de trabajo ininterrumpido en una piecita sombría.

Mis padres comprendieron mi deseo de quedarme. Recibí una dulce carta de mi madre en la que sentí aprobación (casi orgullo) por mi decisión de quedarme «estudiando» y trabajando sin su ayuda.

Desde hoy trabajo medio día. Como precisaban una empleada en otra sección —la de Iglesias, secretario de *Cuadernos*— me la ofrecieron y la acepté. Medio día y medio sueldo. No sé cómo viviré pues sólo en el hotel gastaré casi las ¾ partes de lo que gano. No obstante, conozco tanta gente que viviría bien con esa misma suma. Y yo, en verdad, no puedo vivir con ninguna. Pues cuanto tengo lo gasto y siempre tengo, no sé por qué.

Lo que me pone dichosa es tener tiempo libre: la noche, la mañana. Sobre todo en la noche, cuando escribo o leo o dibujo y soy humildemente feliz y me contento conmigo y con todo. Ahora que no me torturará el despertador creo que podré escribir y leer mucho más. No espero mucho. En verdad estoy desesperada. Pero hay un juego a muerte. Tengo que hacer poemas bellos y tengo que poblar de voces mi silencio. Por eso me dolía donar mi día a la oficina (si bien en un sentido es una derrota este cambio pues, aplicando un realismo despiadado: ¿qué hice cuando tenía tiempo?). Pero me he dado cuenta de algunas cosas. Pero también tengo temor de no trabajar todo el día, de no dolerme horriblemente el cuerpo, de no desvanecerme casi en tareas cuyo fin es «ganarse la vida». Es como si todo debiera ganarlo en contiendas espantosas. Quiero decir, es como un temor de que todo me vaya mal, ahora, cuando trabajo suavemente 4 hs, y vuelvo descansada y no me muero de fatiga. Además, trabajando todo el día me olvidaba de mí, de mi «yo» que tanto me hastía, que tanto me llora.

Pero más miedo aún de no poder estudiar y escribir. Qué esperanza absurda

hay en mí. Qué optimismo feroz. Escribir sobre qué. Escribir qué.

Y además, además no hay nada. Veo a la gente de siempre: Paz, Eichelbaum, algunos jóvenes pintores, y una psicoanalista: Marianne Strauss, que trata de enseñarme (con escaso provecho) a relajarme. Esto último me ha llevado a pensar en el psicoanálisis, en la posibilidad o imposibilidad de que un ser ayude a otro. Yo creo que hay algo muy complejo y difícil y terrible en la gente como yo: los que no quieren curarse y demandan ayuda: ayúdame pues no quiero que me ayuden. Actualmente todo me es difícil e inextricable. Siento que me transportaron de la selva a la ciudad. De los dioses implacables (pero dioses al fin pues *yo* los hacía) a los hombres, los prójimos, los de aquí. Resultado: ni sueño ni realidad. Releo lo escrito y lo envío antes de romperlo. Hasta la suya con un abrazo para los tres,

Alejandra

Carta N.º 12[24]

Querido León Ostrov, gracias, como siempre, por sus palabras. Cuanto a las que mencionan la posibilidad de un nuevo psicoanálisis, aún no, aún no puedo, aún no quiero, y aunque lo quisiera, alguien en mí no lo quiere. Usted comprende, ¿verdad?

La fecha de la probable partida, la fecha anual, mi primer año en París, pasó imperceptible. En verdad, París es el pretexto, el lugar de ensayo, sólo por ver si puedo vivir, aprender a vivir. Me quedo. Las dificultades aumentan. Son materiales ahora. Mejor dicho, la antigua imposibilidad, mi vocación de intocada se concreta en las experiencias de cada día. Tensión a toda hora. La cuestión de siempre: destrucción o creación, sí y no. Me repito la frase aquella que leí hace mucho: «Le seul rémède contre la folie c'est l'innocence des faits». Felizmente no ha muerto el humor y no deja de divertirme mi vida cotidiana en la que mi torpeza actúa y transforma todo en un viejo film de Chaplin. Así es como me resistí durante muchos meses a lavarme la ropa (me compraba cosas nuevas) lo que me impidió suicidarme porque qué poeta se dejaría manosear sus valijas de muerto si hay en ellas ropa no lavada. Pero luego establecí premios para mi particular beneficio: un libro, alguna reproducción. Felizmente descubrí cierto jabón en polvo que contiene juguetes en el fondo de cada caja. Es verdad que en París hay todo para todos.

Mi nuevo trabajo es por ahora fácil y llevadero. Algunas cartas y un poco de corrección de estilo (a veces). Como la revista es esencialmente política (made in USA) y como yo execro esas cuestiones, trato de no hablar allí de literatura ni de poesía.

Me dice usted que no le hablo de mis poemas. Es curioso pero hace tiempo que no deseo comentarlos ni mostrarlos ni publicarlos. De pronto me di cuenta de lo que es la poesía, quiero decir, leyendo y releyendo poetas muy distintos sentí cierto ritmo, cierta iluminación, cierta vivencia distinta del lenguaje. Mis últimos poemas son lo mejor que hice. (Y qué hice). Pero no me contentan. Confieso tener miedo. Sé que soy poeta y que haré poemas verdaderos, importantes, insustituibles, me preparo, me dirijo, me consumo y me destruyo. Es mi fin. Y no obstante corro peligro. Tal vez si me encerraran y me torturaran y me obligaran mediante horribles suplicios a escribir dos poemas maravillosos por día, los haría. Estoy segura de ello. Tal vez yo no busco un maestro, busco un verdugo. También esto estoy segura que lo comprende.

Y hablando de mi vocación de objeto sigo dándome en holocausto a la sombra de la Madre. Mi pasión por esa periodista persiste. La encontré por azar varias veces. Un ser casi despreciable, que no sabe nada ni comprende nada de

las cosas serias e importantes. Pero nada más fácil que desechar su realidad molesta, de desnudarla en mi memoria y vestirla del color de mis deseos. Pero ¿quién hablará del amor? No yo. Yo amo. Y cuanto más comprendo su inexistencia y su condición de fantasma, más la amo concretamente.

Veo a la gente de siempre más algunas relaciones nuevas: Alicia Penalba, la escultora argentina (que aquí es muy famosa) y André Pieyre de Mandiargues, el escritor surrealista. Pero en verdad estoy sola pues ninguno me es imprescindible y hablo y saludo y realizo mi comedia social para no perder todo contacto humano. Pero tal vez es ya tarde para reanudar las relaciones simples y fáciles, el placer de conversar, de estrechar manos. Sólo me reconozco en mi nostalgia.

En verdad, muchas cosas dejaron de importarme. Y me alegro. Que me roben las maletas y yo pueda viajar con las manos libres.

¿Y qué se puede analizar? Anduve haciendo algunos relatos obsceno-humorísticos. En uno hice el amor con mi madre. En otro me torturaban y yo gozaba. Después de escribirlos me sentí feliz «hereux comme un petit enfant candide». Y es siempre la misma voz: tú sabes más de lo que sabes.

Hasta la próxima. Abrazos para los tres,

Alejandra

Mi dirección es como siempre la del Consulado Argentino.

En verdad, en lo que se refiere a los poemas, he tratado de hacerle una pequeña sorpresa pues existe la posibilidad de que publiquen algunos en una revista francesa. Espero que se realice.

Carta N.º 13[25]

Querido León Ostrov:

Gracias por su carta. Apenas la recibí le escribí yo una que rompí, naturalmente, pues la hice de noche y la releí por la mañana. De manera que ahora le escribo a media tarde, para que no entren en lo que le digo las que soy por la mañana o por la noche.

Ahora las cosas brillan extrañamente, y no hay más el cielo ausente de siempre. Leve melancolía de ver la llegada del verano. Hay algo que expulsa, como una violación de parte del sol. No sé aún si partiré durante mis vacaciones (tengo un mes como toda empleada ortodoxa): me faltan deseos y sobre todo dinero. Como soy convencional me digo que hay que salir y viajar y conocer pero me gustaría quedarme y trabajar. Escribo poco, ni siquiera un diario como lo hacía hasta ahora. No tengo qué anotar. En verdad quisiera escribir una novela, una novela clásica de ser posible. Pero no es posible porque no participo de la vida como los demás. De manera que aunque lo quisiera no será posible. Sólo puedo decir lo que ve alguien que mira el mundo desde debajo de una alcantarilla. (Y yo sé que ve, que ve mucho, que es una manera de ver como cualquier otra).

Anduve enferma: el corazón, la tensión, etc. Resultado: debo llevar una vida controlada y ordenada sin instantes paradisíacos proporcionados por el alcohol y ciertas pastillas que me hacían feliz (es una historia larga). Pero los poemas actuales son sin duda alguna mejores que todo lo que hice. Creo que ha salido algo en el N.º 8 de *POESIA=POESIA* que no le envío porque no tengo un sólo ejemplar. Me han publicado tres poemas traducidos en una revista de poetas jóvenes (*Le chien de picque*) creo que acompañados de un dibujo mío también pero tampoco la vi aún. Y a fin de mes saldrán otros en *Lettres Nouvelles* (dirigida por Maurice Nadeau) en el número especial dedicado a la literatura hispanoamericana. No obstante me siento desdichada con estas cosas. Y también con el último pedido de Murena solicitándome poemas para *Sur* y *Nación*. Quisiera rogar que no me molestasen hasta que no haga poemas buenos. Lo de ahora es tan provisorio, tan absolutamente alejado de lo que yo considero verdadera poesía. Y al mismo tiempo hay temor de no publicar. En fin. Historia antigua.

Acabo de conseguir un hermoso estudio en l'avénue de l'Opéra que me entregarán dentro de una semana. Hasta ahora estuve viviendo una bohemia absoluta en el departamento en ruinas que le describí en mi primera carta —pues tuve que retornar a él por razones financieras y por ellas mismas tuve que compartirlo con otras dos niñas. Pero ya estoy cansada de tanto surrealismo

trasnochado, suciedad, desorden, y añoro notablemente el mundo de las sábanas limpias y los cajones y los horarios. Espero sentirme bien en mi nueva morada.

Sigo trabajando cuatro horas en *Cuadernos*. Angustiada un poco de trabajar en una revista «reaccionaria» políticamente y tener que justificarlo ante mis amigos marxistas y fidelistas que por supuesto no trabajan en ningún lado. Anduve tan temerosa de complicaciones políticas que en un momento dado pensé dejar todo y retornarme chez moi. Hasta que renació el humor y me reí de mí como corresponde.

Mi madre envía cartas melancólicas. Me dejan culpable, criminal. Apenas no le escribo durante un mes que mi hermana envía mensajes trágicos preguntando por qué hago sufrir tanto a mamá. Esta ternura trasnochada, este amor súbito, me maniatan. Quieren enviarme dinero (hace como ocho meses que dependo de mí —!—) y yo no quiero, o sí quiero pero no quiero caer en lo de siempre. Lo de ahora es muy duro, no porque tenga que vivir sola y arreglármelas sola sino porque muchas cosas que yo creí que era no soy y muchas cosas que yo creí que podía hacer no puedo. Quiero decir que me reconozco torpe y limitada como todo el mundo y no el genio precoz a que estaba («estábamos») habituada. Este esfuerzo de hacer mi pequeña vida, de realizarlo de la misma manera en que hacen los otros implica una suerte de renunciamiento a algo fabuloso. De todos modos hay dos caminos: persistir la pequeña contemplada por las sombras o contemplar a mi vez sin pensar en ella ni en su fragilidad horrible. Es como ir por la calle y no ver y sentirse mirada, entonces hay un miedo de reina tímida, un terror. Pero aquí, a veces, en lo mejor de mí misma, soy yo la que mira a los otros y a las cosas. Entonces no hay miedo.

En fin. Trabajo mucho. Acabo de aceptar un pequeño trabajo para las ediciones Larousse, para poder pagar mi hermoso futuro estudio. Veo a la gente de siempre y creo, —espero— que los amores fantasmas se han ido lentamente.

Apenas tenga ejemplares de las revistas se las enviaré.

Hasta la próxima, entonces, y espero que se realice cuanto antes su deseo de reencontrarse con su París.

Abrazos para usted, Aglae y Andrea,

Alejandra

Carta N.º 14

Querido León Ostrov:

Le escribo desde Capri, en un café rodeado de barcas dentro de un mar sólo azul y bajo un cielo muy puro. Estuve tres días en Roma —siguiendo su consejo — y me enamoré de sus calles. Y me prometí volver por más tiempo. Ahora estoy en Capri —es mi primer día— y me siento descontenta… El mes pasado anduve tan cansada que no tuve fuerzas para elegir un lugar donde pasar mis vacaciones (1 mes). Siguiendo el consejo de mi prima, estudiante de medicina, he venido a Capri por el Club Mediterranée, una suerte de agencia de viajes con ciertas influencias de los campamentos israelíes pues en vez de hotel hay cabañas y los integrantes de cada contingente se manifiestan sumamente deseosos de hacer una vida comunitaria. Yo, más cansada que nueva, y sin poder hablar con nadie, cómo hablar con estos jóvenes que me recuerdan mi adolescencia idiota. Lo cierto es que estoy absolutamente exilada de la sociedad y recién ahora compruebo que no es una expresión vacía de sentido. Simplemente no tengo de qué hablar con ellos, no hay nada en común. Pero soy yo la que comprende, soy yo la que sabe. Esto es tan difícil de decir. Pero además no quiero hablar. Con nadie. Quiero ver claro en mí.

Ando con deseos de volver a mi casa (a Bs. As.). Razones de salud. Cada día me siento más cansada, más enferma (nada más que vértigos y fatiga). Me gustaría ir a descansar unos meses. Pero al lado de París o de Roma, qué haré en una ciudad tan fea como Bs. Aires. Pero no se vive en las calles. En fin, no sé cómo soportaré este mes de Capri no sólo por los imbéciles del club sino por las horribles playas. Otra cosa que me disgusta es el paisaje al estilo de las tarjetas postales clásicas. No hay duda, el surrealismo me hizo daño… No sé si le dije que me publicaron poemas en la *N. R. F.*[26] y en *Lettres Nouvelles*. En fin, estoy cansada y sufro de insomnio.

Lamento esta carta sin humor, sin nada. Estoy carente de fuerzas para más. Además, ahora me angustia esta mezcla de francés, italiano y español que uso para la vida diaria. Hablar varios idiomas es no hablar ninguno. No en vano Rimbaud dejó la poesía e inmediatamente se dedicó a los idiomas. Así yo ahora, negándome a hablar el español aún con los que lo saben. Hace como dos meses que no escribo poemas. Creo «conveniente» volver a descansar y a escribir.

Me gustaría decirle más. He mirado tanto y pensado y observado tanto estos días. Pero tal vez lo escriba, tal vez un cuento, una crónica sobre mi descubrimiento de lo idiota que puede ser la gente, que es. Y no obstante estoy triste por ello, por darme cuenta, yo sí y ellos no. Si sabiendo lo que sé no escribo poemas hermosos… En fin, conflictos de alguien sin vida personal.

Le escribiré de nuevo, desde aquí o en cuanto llegue. «Perdón por la tristeza». Abrazos para los tres,

Alejandra

Carta N.º 15

París, 3 de octubre de 1961.

Querido León Ostrov:

Espero que no haya recibido mi carta de Capri en la que le decía cuánto no me gustaba el sitio, la gente, todo… La verdad es que a la semana me enamoré de la isla, de la gente, de todo, y averigüé qué posibilidades había de quedarme a vivir en ella varios años. Lo mismo me pasa con Roma. Tengo muchos deseos de irme a esta ciudad, por mucho tiempo, porque creo que es preciso sufrir y andar mucho en una ciudad como Roma, como París, y por todo esto aquí estoy, nostálgica de Italia, tratando de ordenar y reanudar mi existencia parisina. He perdido definitivamente mi horroroso departamento de Saint-Michel (llegué a medianoche con las valijas y lo encontré ocupado) y ahora vivo en una chambre de bonne —sin agua, sin calefacción— al lado de Saint-Germain y Rue du Bac. Lo que me parecía una enfermedad sin nombre, una lenta agonía de orígenes desconocidos es una vulgar maladie du foie, resultado de mis excesos báquicos. A mí de cuidarme y protegerme ahora: lo difícil, cómo quererse, cómo guardarse y no hacerse daño. Estoy extrañada y confusa. Capri es una suerte de paraíso de la homosexualidad. He visto rostros maravillosos, he jugado el terrible juego de las miradas sin desenlace (yo en un café y una mujer misteriosa que se acerca y se sienta en la mesa de al lado y no hace más que mirarme; esto duraba horas; levantarme y sentir que me sigue, pero mirarla de nuevo y ver que no es la de recién sino otra, una nueva, et c'est toujours la seule, —ou c'est le seul moment. No es que yo exija nada, pero me pregunto si hay derecho de jugar de esta manera para nada, si hay derecho a jugar de esta manera con algo tan serio como la mirada). He vuelto confusa a causa de esto y veo que en el plano erótico sigo inmersa en un mundo de fantasmas y de inexistencias, que no hay qué tocar o abrazar. Felizmente, a mi vuelta me encontré con mi amigo Roberto Juarroz, que llegó con una beca de la Universidad. Largas charlas sobre la poesía, el espíritu, la muerte… todo esto me recupera, me aleja del peligro, me recuerda, me recobra. Recibí una carta de la revista *Mito* —según mi experiencia en lecturas latinoamericanas es la mejor revista— donde me dicen de publicar mi diario (creo que le hablé de él en la carta anterior). Si hay algo en lo que creo es en este diario: hablo de su calidad literaria, de su lenguaje. Es infinitamente mejor que todos mis poemas. Cuanto a mis poemas me siguen angustiando…

Comenzaré mañana unos cursos de historia del arte, en el Louvre. Quisiera seguir otros estudios más serios, más intensos, pero no sé aún, lo quisiera para poder alguna vez ganarme la vida sin tener que escribir a máquina en horribles oficinas, pero me espanta este miedo al futuro, y creo mejor hacer lo que tengo

ganas, es decir, leer mucho y conocer y escribir, sola y solitaria.

Mi familia anda contenta de mí y tranquila —según la correspondencia. Ahora que llegó Roberto J. se me hace más amable la imagen de Buenos Aires, pero de volver no se ha pensado.

He conocido a una muchacha que usted conoce: Chichita Singer, que lo recuerda con mucho afecto.

Aquí todos hablan de la bomba atómica y de la venida del final de los finales. Cómo hacer, después, para despeñarse en la hoja en blanco y pelear con las palabras. Me pregunto quién me da fuerzas, quién me hunde en el silencio fantasma de las palabras.

Espero recibir pronto noticias suyas.

Abrazos para los tres,

Alejandra
9, Rue de Luynes
París 7è

Carta N.º 16

París, 10 de enero de 1962.

Querido León Ostrov:

Le envío unas rápidas líneas en madrugada para decirle de mi afecto y de mi amistad de siempre. Me sería muy difícil explicarle mi prolongado silencio, pero es como siempre, o tal vez no, pero me gusta cada vez menos escribir para contar mis desdichas. No obstante, como la perpetua felicidad se demora le escribo igual.

No le envío el «diario» publicado porque la revista tarda en aparecer. Todo es tan lento, todo depende tanto de las voluntades ajenas que es preciso respirar bien y tenderse como «el yoghi a la sombra de la higuera». Me tradujeron mis poemas al alemán y saldrán —según me anuncian— en la revista *Akzente*, la más importante de Berlín. También me tradujeron al árabe y saldré en una revista de Beyrouth. Esto se lo cuento sonriendo porque me divierte pasar por «poetisa internacional». Pero tengo ganas de publicar mucho, de ser tan famosa que por ello me den una pieza con agua y calefacción, porque el invierno es cruel y mi piecita inenarrable y mi tarea en la revista más fatigosa que nunca. Cuanto a volver hago vagos proyectos pero no tengo muchos deseos: quisiera ir por unos meses solamente lo cual no es posible por razones financieras. La nostalgia de la «madre» patria decrece notablemente y tal vez por eso me siento mal, como el que interrumpe bruscamente una droga, el que se desintoxica de una manera brutal. ¿Cómo vivir sin nostalgia, cómo vivir sin angustias, sin sufrir? Pero estoy lejos de preguntar esto de una manera absoluta.

He visto al matrimonio Kogan —ambos profesores en la Facultad y muy encantadores. Con ellos y otros amigos comimos en un restaurant judío de la fascinante Rue de Rosiers. El resultado fue un violento ataque de sionismo que me duró una semana. En esos días leí un artículo de Victoria Ocampo sobre el proceso Eichman. Me conmovió tanto que le mandé poemas a Murena. Es así como pronto —según me anuncian— publicaré en *Sur*.

La situación política de aquí es horrenda. Bombas y policías por todas partes. He tomado sanas medidas: no leer más los diarios. De manera que leo a mi Góngora de siempre y hago poemas y trabajo y publico en revistas «reaccionarias» y sólo sueño con una vida a lo Balzac. Mi rebeldía consiste en desear que se mueran todos pero que yo consiga una buena pieza y pueda «tomar mi taza de té».

Ando bastante mal de salud. Renuncié absolutamente al café, al alcohol y casi al tabaco. Tengo vértigos y desfallecimientos. No sé si es físico, metafísico

o patafísico. Pero tengo una fatiga inenarrable. A los 25 años puedo decir: «Cansada de la edad…». ¿Es esto la adultez que llega definitivamente? No sé, no comprendo nada. Pero es bueno leer y doblemente bueno escribir. (Hace tiempo que deseo preguntarle si conoce a Georges Bataille). Le envío una foto: las ojeras señalan e indican el proceso de monstruificación por el que pasa toda poetisa que se respeta en París. La pequeña foto de la izquierda me representa montada en el centauro de Versailles.

Bueno, le escribiré pronto. Abrazos para los tres de

Alejandra
9, Rue de Luynes
París 7è

Carta N.º 17

París, 3 de abril de 1962.

Querido León Ostrov:

Me pregunto si habrá recibido mi última carta. Yo hace mucho tiempo que no tengo noticias suyas y me gustaría tenerlas. En estos últimos días pienso mucho en Argentina, con suma inquietud, naturalmente. Los diarios de aquí ofrecen una imagen caótica de la situación argentina y le auguran un cercano futuro espantoso. Espero —aunque es infantil decirlo— que usted esté bien como siempre y que en nada le perjudiquen los acontecimientos externos.

Lo que es a mí me perjudican doblemente. La Argentina, mejor dicho, mi casa, mi familia, es como un telón de fondo en mi vida parisina. Algo de color gris y más bien desagradable pero que no obstante garantiza y es signo de alguna protección —material, digamos. Como aquí se espera una revolución o guerra civil o un gobierno fascista, me limitaba a decirme que cuando suceda me vuelvo a mi «hogar». Pero ahora tampoco aquello es seguro, qué digo, aquello lo es mucho menos que esto. De ahí mi mala salud de ahora: vértigos y palpitaciones. Vivir sola no es nada. Recién ahora empieza la soledad verdadera: sin seguridades ni garantías. Por ello ando con miedos, triste y desorientada.

No sé si le hablé de mi libro de poemas que pensaba publicar en México: *Apariciones y silencios*. Pues bien, Murena me ofreció publicarlo en Sur. Escribí a México pidiéndoles el libro y lo mandé a Sur. Me pregunto si con los acontecimientos políticos su publicación será posible. ¿Me lo dirá usted, por favor? De todos modos me dejo llevar por una vieja superstición que usted ya conoce: sufrir cuando el libro está por entrar a la imprenta o ya en ella, sufrir y temer lo peor, como si con ello mi libro ganara méritos, se hará acreedor de elogios que, en el caso contrario, no arribarán a mí.

No sé si sabe que vino Olga Orozco. Me encontró «cambiada», lo que me alegró mucho. Yo creí que su visita iba a ser fundamental en mi vida pero no es así. La quiero mucho pero ya no me produce ese antiguo fervor ni esa exaltación vacía y sin objeto. Cada vez me es más difícil el acceso a ese estado casi místico, de alienación total, en el que yo y mis fantasmas hacíamos verdaderas orgías de evasión. Si cierro los ojos no tengo adónde huir. Por eso estoy tan triste: tal vez las fantasías absurdas de mi adolescencia y los amores inventados eran los que me conducían a la «realidad». Ahora hay como ausencias palpables en donde hubo presencias invisibles. Pero es muy difícil hablar de esto.

He conseguido, al fin, un «estudio» comme il faut. Después de la piecita fría y miserable en donde pasé el invierno más duro de mi vida, heme aquí en otra

muy amplia y muy limpia, en la que es menos penoso arreglárselas sola para quien es como yo torpe y absolutamente desordenada. No obstante, desde que llegué me siento mal —vahídos, palpitaciones— porque después de todo yo ya estaba acostumbrada a la otra y ahora es un nuevo recomenzar: cama distinta, otros reflejos en la noche, espejos en lugares que no esperaba… Proust lo «sabía».

Mi trabajo en *Cuadernos* continúa siendo fastidioso y fatigoso. Ahora trabajo de 9 a 12.30 hs. Objetivamente no es mucho tiempo pero vuelvo tan cansada que debo dormir. Con todo mi respeto por el psicoanálisis me atrevo a no estar de acuerdo sobre la importancia de «ganarse la vida» una misma. Creo que me la ganaría más quedándome dormida hasta muy tarde y recibiendo dinero sin tener que escribir a máquina doscientas direcciones por día. Pero tampoco es posible hacer solamente poemas. En cambio sí es posible pintar todo el día o escribir novelas. Tal vez el mito del poeta que sufre, cuyos «únicos instrumentos son la humillación y la angustia» viene de esta imposibilidad de hallar un ritmo de creación, una continuidad, un hacer día a día. Es posible que si mi trabajo fuera más interesante yo no me quejaría.

Me gustaría mucho tener noticias suyas.

Un abrazo entonces y otros para Aglae y Andrea,

Alejandra
30, Rue Saint-Sulpice
Paris 6è

Carta N.º 18

29 de junio de 1962.

Querido León Ostrov:

Recibí sus dos cartas hace ya mucho tiempo. Y me hubiera gustado contestarle enseguida si hubiera sido posible hacerlo oralmente, pero no podía escribir.

No deseo dejar de comunicarle que he iniciado un leve tratamiento con una psiquiatra. Ha sido por azar, si existe. Como Chichita Singer se trató varios meses con esta doctora obteniendo resultados que a mí me parecieron maravillosos decidí hacer lo mismo. Es más: sentí que no podía no hacer lo mismo. Estoy, pues, convulsa, contraída, temerosa, con toda la extensión de mi sentimiento de abandonada frente a mí, recreando viejos horrores y no sabiendo, como siempre, qué hacer con tanta confusión. En verdad no espero nada, ni siquiera resultados maravillosos. Solo quisiera comprender, ver claro o no claro pero ver algo de esto que no me deja. La expresión «nostalgia materna» no me ayuda. Tampoco yo me ayudo. Vieja cuestión: ¿puede alguien ayudarme? Naturalmente, deseo saber qué piensa de lo que le cuento.

Mi diario ya ha sido publicado por *Mito* (revista colombiana). No tengo ejemplares para mandarle. Su director, Jorge Gaitán Durán, murió el sábado en un accidente de avión. Había venido a París por un mes y nos hicimos muy amigos. Proyectaba hacer una edición muy hermosa de mi diario «completo». Por supuesto que ya no se hará. Pero yo sigo escribiendo mi diario que ya deja de serlo pues es casi un largo y absurdo poema en prosa. Novedades de mi libro en Sur no tengo. Pero escribo bastante y leo más que antes. Como mis finanzas van atrozmente mal le acabo de hacer un reportaje a Marguerite Duras que me dejó contenta pues nuestro encuentro fue opuesto al que tuve con Simone de Beauvoir, es decir, que fue interesante y las dos simpatizamos enseguida. Además, comenzaré a hacer un poco de crítica poética para *Cuadernos*. Al diablo las ideologías. No estoy dispuesta a morirme de hambre en homenaje a los intelectuales de izquierda.

Aparte de eso, envejezco y no tengo ganas de volver a Buenos Aires. Me lleno de galicismos y pierdo mi sentido del humor —como lo demuestra esta cartita. No obstante me siento aún adolescente pero por fin cansada de jugar al personaje alejandrino. De todos modos no hay ante quien jugar, a quien escandalizar, a quien conformar, «pero me gusta la vida como siempre, ya lo decía…».

Me gustaría saber si piensa venirse por aquí, como lo desea, según me dijo.

Sería realmente maravilloso conversar en París.

Bueno, espero que me recuerde siempre. Y que me escriba.

Un abrazo entonces, y otros para Aglae y Andrea,

Alejandra
30, Rue Saint-Sulpice
Paris, 6è

Carta N.º 19

París, 21 de septiembre de 1962.

Querido León Ostrov:

Gracias por su carta y felicitaciones a usted y a Aglae por el heredero(a) que se aproxima. Supongo que a pesar de las revoluciones y conflictos se la pasará pensando en el nombre que han de darle. Al menos es lo que yo haría porque para quien ama (o le duele) el lenguaje, un nombre es muy importante. Me imagino lo contenta que estará Andrea a la espera de su futuro, a, compañero, a, de juegos.

Hace muy pocos días que volví de Saint-Tropez en donde estuve «descansando» tres semanas en la villa que la Dra. Lauret posee frente al mar. Más que el mar y el sol y la piscina y el whisky y la gente con la que me encontraba (Italo Calvino, Marguerite Duras) y la que veía pasar con fervor (Picasso), me exaltaba una pequeña motocicleta celeste que los dueños de casa pusieron a mi disposición. Cómo no me sucedió ningún accidente, por qué, son cuestiones que me hacen creer en la existencia de algo a modo de destino. La Dra. Lauret, como ya le dije, es mi psiquiatra. También hace psicoanálisis —o hacía, no lo sé.

Lo que hago con ella es una psicoterapia de conversación (usted me perdonará mis errores o inexactitudes en este terreno pues ignoro las nomenclaturas). No sé si me ha ayudado hasta ahora, no sé si me podrá ayudar. Mi única metamorfosis (notable según mis amigos) es hasta ahora física, corporal. Mi cuerpo se ha estilizado, cambiado muy favorablemente y, lo que es asombroso, mis manos no son las de antes: su delicadeza actual me da miedo. En St. Tropez *caí* en la temida transferencia, así porque sí, porque un gesto, una mirada, una manera especial que tuvo de mirar unas pequeñas flores recién nacidas. Inútil decirle mi estado «místico» de ahora, mi infierno, mi ausencia, mi sufrimiento, mi fragilidad. Tan segura y endurecida que me creía después de estos dos años de soledad parisina… Nada de eso, ahora. Ahora ya no estoy sola sino perseguida por la imagen de ella («et c'est toujours la même, et c'est le seul instant». Si tiene a mano el soneto «Artemis» de Nerval léalo en mi honor, la primera estrofa le dirá más que esta carta).

Me dijo ayer la doctora, cuando le hablé de su carta, que si usted desea escribirle —acerca de mí, naturalmente— ella estará encantada. Es esta su dirección:

Mme. le Dr. Claire Lauret

7, Rue de Chaillot
Paris 16è

Aunque supongo que usted escribe perfectamente en francés le advierto que Mme. Lauret comprende muy bien el español.

En fin, si es posible susurrar plegarias, si hay a quién pedir, yo ruego que ésta sea mi última «transferencia», mi último amor fantasma, mi última imposibilidad. De lo contrario me transformaré en fuente, como decía Malte.

Naturalmente, a causa de este fervor nuevo y excesivo, escribo muchísimo. Hice una especie de enorme poema en prosa —lo mejor que escribí en mi vida. Lástima no tener fuerzas para corregirlo ni para pasarlo a máquina.

No sé si le dije que el director de *Mito*, (donde publiqué mi diario), Jorge Gaitán Durán, ha muerto en el accidente del avión Boeing que se estrelló en América Central. Nos habíamos hecho amigos —tal vez más que amigos. Tenía 35 años, era muy bello e hicimos antes de su partida, planes maravillosos y *posibles* que me hubieran sacado de mi miseria. Su muerte me afectó enormemente. Le doy la dirección de *Mito*:

Apartado Aéreo 5899
Bogotá D. E. —Colombia.

Puede usted decirles que necesita el número 39-40 a causa del homenaje a Borges que contiene. Yo, desgraciadamente, tengo un solo ejemplar —que ni sé dónde está.

Mi libro va a salir en SUR. Espero con ansiedad noticias referentes a él. Me dicen que el correo está en huelga. ¿Podría usted decirles, por favor, que demoren las huelgas y golpes de estado hasta que mi librito esté terminado?

Comparto su fascinación por Río de Janeiro. Estuve ocho horas y aún tengo presente esos colores de jardín encantado, ese arcoiris perpetuo e informe, ese gusto a fiesta cuando se mira el cielo. Pero debe ser muy nocivo para los «trabajadores intelectuales». Mis abrazos para los tres (o para los cuatro) y tal vez cuando esta carta llegue será para los cinco según se demoran los correos,

Alejandra

Fini le Méxique cuanto a los reportajes. La revista se disolvió. Así va l’Amérique Latine —hago notas extra para *Cuadernos*.

Carta N.º 20

3 de enero[27].

Querido León Ostrov:

No solo feliz año nuevo sino mi contento por la aparición de Pablo —muy bello nombre— que coincide con la aparición de mi librito *Árbol de Diana* (Sur) que Murena le enviará, si realiza mi pedido (ayer recibí un ejemplar por avión). Dígale a Andrea que leyó el manifiesto surrealista con excesiva premura: no es al hermanito al que hay que tirar a la basura sino, con habilidad y simpleza, como quien no quiere la cosa, pegar al padre y a la madre una o dos veces por mes. No obstante, se deben eximir del castigo a los padres que leen poesía y que la aman. De manera que si se encuentra falta de objetos en donde ejercitarse —como es su caso, creo— me ofrezco a prestarle o alquilarle los míos.

La «transferencia» no molesta demasiado. Espero hablar muy pronto *en pasado* de ella. Pero no sé si el tratamiento me ayuda. Lo que sí escribo bastante. Casi diría que tengo un nuevo libro de poemas —en verso y prosa.

Y ahora esto: perdí el empleo. Plan de austeridad de la revista (de ayuno, mío). Buscaré otro o me haré clocharde. Es un problema desagradable en la medida en que no me interesa el dinero —y mi consiguiente horror de pensar en él. De todos modos, leo y escribo. Al menos eso es algo cierto. Ya le contaré si consigo otro. Hay lejanas probabilidades: tal vez alguna se concrete.

Mi madre me *invita* a pasear por Buenos Aires uno o dos meses. Grandes miedos ante esta proposición deshonesta. Me gustaría verlo a usted, a Olga, a unos poquísimos más. No obstante, me da miedo ir, me da claustrofobia.

Lamento que todo esté tan mal por allí. Ahora que llegó Pablo, ¿por qué no se vienen a París? Creo que tanto a Pablo como a Andrea les divertirá ir al Louvre, a los cabarets de streap-tease y a la Biblioteca Nacional, lugares sanos e instructivos. También les divertirá el frío y la nieve (la semana pasada murieron 17 ancianos. *De frío*, según los diarios. Este dato es para Andrea, cuyo humor negro presiento —y comparto). Y ahora lo dejo, para no seguir la ruta de los 17 ancianos. Supongo que para leer esta carta tendrá que hervirla previamente como hago yo ahora con mis dedos. Mundo frígido. Habito una casa de 200 años de edad y aseguro que la calefacción de otrora fue deficiente y frustradora. Pero al menos aprendo historia.

Dígame qué piensa de mi ya viejo librito. Otra cosa: sigo un antiguo consejo que me dio: escribo cuentos humorísticos.

Hasta pronto, entonces, y abrazos para los cuatro de

Alejandra

Carta N.º 21[28]

Sábado.

Querido León Ostrov:

Si los de lo oculto se decidieran de una vez a trabajar (tas de fainéants!) y comenzaran con algunos pequeños milagros como ser, por ejemplo, que el Dr. Sigmund Freud resucitara en una ciudad llamada, curiosamente, Buenos Aires; y si el sabio y poeta tuviera interés en mi persona, es seguro de que no podría hacer nada por mi jamás habido talento oral.

No me lamento por carecer de eso que nunca tuve pero confieso que anoche, en el *Edelweiss*, hubiese querido sobrepasar, unos instantes, al viejo Bossuet, o, al menos, a Norah Lange, en materia de elocuencia, a fin de decirte —entendí que me tuteaste cuando llegué sin una gota de alcohol adentro— cuánto me emocionaron, cuánta alegría me dieron, tus frases tan cálidas, tan bellas, tan reconfortantes —algo así como un fuego en la noche de invierno («Un feu pour vivre mieux»).

Gracias, entonces, y como no sé decirlo de un modo mejor, te dejo este poema. Es el primero —su torpeza lo atestigua— de una serie de poemas en prosa escritos entre fines de octubre y mediados de enero —en «estado segundo» y con una marmita boschiana en el lugar donde los demás piensan. «Todo eso era presentimiento». El último poema es una endecha que evoca los ritmos de los cantos de mi raza. Y, horas después del punto final, mi padre moría —lejos de Buenos Aires— ante el asombro del propio médico de él.

Todo esto, porque te interesan tan bondadosamente mis poemas, creo que ahora comprendes el brusco cambio de extensión, de significaciones, de estructuras, etc., si bien será más comprensible a medida que corrija y publique los que siguen a éste, un tanto más hermosos y más terribles, como es de esperar. Con todo, el último —muy extraño— describe a la pequeña Alice de L. Carroll tomando el té con Mme. Lamort. Entonces, es cierto que la muerte es una iniciación en el verdadero país de la infancia.

Gracias de nuevo. Un abrazo, otro para Aglae y para los niñitos, de

Alejandra



ALEJANDRA PIZARNIK (Buenos Aires, 29 de abril de 1936 - Ibíd., 25 de septiembre de 1972) nació en una familia de inmigrantes judíos de origen ruso y eslovaco. En 1954, tras el bachillerato, ingresó en la facultad de filosofía y letras de la universidad de Buenos Aires, pero no acabó sus estudios. Lectora empedernida desde muy joven, publicó su primer libro, titulado *La tierra más ajena*, en 1955. Le siguieron *La última inocencia* en 1956 y *Las aventuras perdidas* en 1958. Entre 1960 y 1964 se instaló en París y ahí colaboró con distintas revistas y diarios. De esa época procede su amistad con Julio Cortázar, Rosa Chacel y Octavio Paz, quien prologó su cuarto poemario, titulado *El árbol de Diana* (1962).

En 1964 regresó a Buenos Aires y publicó sus obras más conocidas: *Los trabajos y las noches* (1965), *Extracción de la piedra de la locura* (1968) y *El infierno musical* (1971). Desde 1954 en adelante, Pizarnik fue redactando un diario que la acompañó hasta los últimos días de su vida. En 1972, a la edad de treinta y seis años, decidió morir en la misma ciudad donde había nacido.

Notas

[1] Ivonne Bordelois, *Correspondencia Pizarnik*, Buenos Aires, Seix Barral, 1998. <<

[2] Alejandra Pizarnik, *Dos letras*, Barcelona, March Ed., 2003 (Presentación de Carlota Caulfield). <<

[3] León Ostrov, «Recuerdo de Alejandra», *La Nación*, Suplemento Cultural, 1983 (reproducido a continuación). <<

[4] Ivonne Bordelois, *Correspondencia Pizarnik*, op. cit., p. 47. <<

[5] Inés Malinow, «Juicios críticos», *Poesía Argentina Contemporánea* Tomo I, Volumen Sexto, Buenos Aires, Fundación Argentina para la Poesía, 1980, pp. 2834 y 2835. <<

[6] Inés Malinow, «Alejandra Pizarnik secreta», *La Gaceta*¸ Suplemento Literario, domingo 30 de noviembre de 1997, p. 4. <<

[7] Inés Malinow, *Alejandra secreta*, Edición de la autora, Buenos Aires, 2002, p. 7. <<

[8] Patricia Venti, «El discurso autobiográfico en la obra de Alejandra Pizarnik», *Grafemas*, Asociación Internacional de Literatura y Cultura Femenina Hispánica, diciembre de 2007. <<

[9] Alejandra Pizarnik, *Diarios* (Edición a cargo de Ana Becciu), Barcelona, Lumen, 2010, p. 40-41. <<

[10] Alejandra Pizarnik, «Aproximaciones» (Poemas no recogidos en libros), *Poesía Completa* (Edición a cargo de Ana Becciu), Barcelona, Lumen, 2010, p. 309. <<

[11] Alejandra se refiere al «combate en cierto modo suicida que cada uno de nosotros mantiene con el lenguaje» en una carta dirigida a Antonio Beneyto el 27 de noviembre de 1969 publicada en *Corner* 2, primavera de 1999, traducida al inglés por Carlota Caulfield y Angela McEwan. La re-traducción al castellano es mía. <<

[12] Ana Becciu, «Introducción», Alejandra Pizarnik, *Diarios*, op. cit., p. 8. <<

[13] Alejandra Pizarnik, «El deseo de la palabra», *Poesía Completa*, op. cit., p. 269. <<

[14] Publicado en *La Nación*, Suplemento Cultural, 1983. <<

[15] Carta despachada desde Villa Gesell el 13 de febrero, probablemente de 1955. <<

[16] Sin sobre y sin fecha. Podría tratarse de una carta entregada en mano, ya que aparentemente fue escrita mientras Alejandra estaba en tratamiento con Ostrov. <<

[17] Carta despachada desde París el 4 de junio de 1960. <<

[18] La carta no tiene fecha y no se conserva el sobre. Probablemente corresponda a comienzos de junio de 1960. <<

[19] ¿Qué diablos le preguntaré? Lo único que me gustaría saber —pues las opiniones están divididas— es si se acuesta o no con Sartre. <<

[20] Carta despachada desde París el 7 de septiembre de 1960. <<

[21] Carta despachada desde París el 16 de octubre de 1960. <<

[22] Carta despachada desde París el 14 de noviembre de 1960. <<

[23] Carta despachada desde París el 22 de febrero de 1961. <<

[24] Carta despachada desde París el 4 de abril de 1961. <<

[25] Carta despachada desde París el 21 de junio de 1961. <<

[26] Sin fecha y sin sobre, pero seguramente escrita entre julio y agosto de 1961. *Nouvelle Revue Française* (Nota de la ed.) <<

[27] De 1963. <<

[28] Esta carta fue enviada desde Buenos Aires, y aunque el año del matasellos es ilegible, los datos contextuales permiten inferir que fue despachada el 21 de noviembre de 1966. Está escrita sobre un apartado de la revista *Testigo* N.º 3, de 1966, donde Alejandra publicó «Noche compartida en el recuerdo de una huída» (que más tarde incluirá en *Extracción de la piedra de la locura*, Buenos Aires, Sudamericana, 1968). Al final del texto impreso, la autora escribe de puño y letra una fecha: 10 de octubre de 1965, aparentemente la fecha en que escribió el poema allí publicado. <<